LA FELICIDAD NO ES UNA BROMA,

PERO... ¡COMO SE LE PARECE!

Salvador Rangel Abud

LA FELICIDAD NO ES UNA BROMA, PERO… ¡CÓMO SE LE PARECE!
Una novela de Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Rodrigo Mendívil, diseñador gráfico freelance de 34 años, lleva tres años intentando ser feliz de manera científica, filosófica, espiritual y, en un momento de desesperación, también astrológica. Armado con un cuaderno Scribe de cien hojas, dos mil pesos de curso de filosofía griega online y una determinación inversamente proporcional a sus resultados, recorre con rigor amateur las grandes escuelas del pensamiento occidental y oriental en busca de la eudaimonía. En el camino tropieza con Vania Lacrosse: rubia, precisa, elegante, y absolutamente indiferente a su existencia. Lo que sigue es una novela sobre la búsqueda de la felicidad, el fracaso ilustrado de casi todas las estrategias certificadas para encontrarla, y la posibilidad de que la respuesta haya estado siempre en el café de olla sin especificaciones de una señora de la colonia Doctores.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene filosofía aplicada con resultados decepcionantes, terapia psicológica cobrada en dólares al tipo de cambio del día, un retiro espiritual en Tulum dirigido por un californiano con nombre maya, cacao ceremonial que sabe horrible, una gotera que el administrador tardó tres meses en reparar, y una declaración de independencia existencial con citas de Nietzsche y Café Tacvba.

No es una novela de autoayuda. Es precisamente lo contrario: una novela sobre por qué la autoayuda no ayuda tanto como promete. Los lectores que buscan respuestas definitivas sobre la felicidad encontrarán aquí un inventario honesto de por qué esas respuestas no existen en formato de ocho semanas certificadas. Los lectores que disfrutan del humor que nace de situaciones reales y personajes construidos con ternura encontrarán aquí su tipo de novela.

La filosofía aparece en cada capítulo pero no se necesita haberla estudiado para disfrutar el libro. Basta con haber intentado ser feliz alguna vez y haberlo logrado a medias. Audiencia recomendada: prácticamente todo el mundo.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública. Escribe desde Xalapa, Veracruz.

"La felicidad no es una broma, pero… ¡cómo se le parece!" surge de su ensayo filosófico homónimo sobre la búsqueda de la felicidad a través de la filosofía, la psicología, la sociología, la economía, la antropología y la cultura

contemporánea. La transformación del ensayo en novela humorística responde a una convicción que Rangel Abud ha sostenido a lo largo de su carrera en salud pública: que el humor es una forma de inteligencia, no su ausencia, y que los temas más serios soportan —y a veces exigen— la distancia que da la risa.

El rigor filosófico del libro no es ornamental. Epicuro, Aristóteles, los estoicos, Platón, Confucio, Nietzsche, Sartre, Hannah Arendt y Martin Seligman aparecen con sus argumentos reales, no con caricaturas de sus argumentos. Lo que es caricatura es la aplicación que Rodrigo hace de esos argumentos a su vida cotidiana, que es exactamente lo que hacemos todos cuando leemos filosofía un domingo por la noche después de ver una serie noruega melancólica.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La felicidad no es una broma, pero… ¡cómo se le parece!

Autor: Salvador Rangel Abud

Idioma: Español

Extensión: Aproximadamente 27,200 palabras

Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo

Género: Novela humorística filosófica

Año: 2026

Ubicación: Ciudad de México (Narvarte, la Condesa, Roma, Polanco, Tepito, Doctores, Coyoacán), Tulum, Quintana Roo, Buenos Aires, Argentina

Formato disponible: Digital (PDF/EPUB) de distribución libre bajo licencia Creative Commons

---

NOTA DEL AUTOR

Esta novela comenzó con una pregunta que me parecía filosóficamente seria y que resultó también cómica en cuanto intenté responderla: ¿por qué, con dos mil quinientos años de filosofía dedicados a la felicidad, la mayoría de las personas sigue sin saber cómo encontrarla?

La respuesta obvia es que la felicidad es difícil. La respuesta que me interesaba explorar es la que viene después: ¿y si parte del problema es precisamente que la buscamos con demasiada seriedad, demasiado método, demasiada infraestructura conceptual? ¿Y si la felicidad se parece menos a una meta que se alcanza y más a una temperatura que se mantiene, y el problema es que la mayoría de los sistemas de búsqueda tienen la solución exactamente al revés?

Rodrigo Mendívil no es un filósofo ni un tonto. Es un hombre inteligente que aplica herramientas intelectuales sofisticadas a problemas que esas herramientas no están diseñadas para resolver, y que aprende la lección

cuando ya dejó de buscarla. Eso lo hace más cercano a la mayoría de nosotros que cualquier protagonista que encuentre la felicidad siguiendo los pasos correctos en el orden correcto.

La novela no ofrece un manual. Ofrece algo más honesto: la historia de alguien que compró el manual, lo leyó completo, aplicó cada paso con rigor, y descubrió que el café de olla de una señora de la colonia Doctores contenía más sabiduría que todos los capítulos juntos. Lo cual, a su manera, también es un resultado filosófico válido.

LICENCIA

Esta obra se distribuye bajo

Licencia © Salvador Rangel Abud. Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Usted es libre de compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato bajo los siguientes términos: debe dar crédito apropiado (Salvador Rangel Abud, "La felicidad no es una broma, pero… ¡cómo se le parece!"), no puede utilizar el material con fines comerciales, y no puede distribuir versiones modificadas.

PALABRAS CLAVE

felicidad, filosofía aplicada, humor filosófico, psicología positiva, estoicismo, epicureísmo, Nietzsche, Sartre, Hannah Arendt, Bourdieu, bienestar, Ciudad de México, Tulum, Buenos Aires, autoayuda, amor, diseño gráfico, novela mexicana, comedia romántica filosófica, eudaimonía

---

TEMAS PRINCIPALES

La industria del bienestar y sus límites. Cursos online de filosofía, terapia cobrada en dólares, aplicaciones de meditación con paisajes nórdicos, retiros de cacao en Tulum: todos prometen resultados y ninguno entrega exactamente lo prometido. La novela no los ridiculiza sino que muestra, con honestidad cómica, por qué no pueden entregar lo que prometen.

El amor como búsqueda desplazada. Rodrigo persigue a Vania Lacrosse con la misma metodología con que persigue la felicidad: con sistema, con estrategia, con lecturas de apoyo. Y aprende la misma lección en los dos casos: que lo que se persigue con demasiada intensidad tiende a retroceder exactamente a la velocidad de la persecución.

La Ciudad de México como personaje. Narvarte, Tepito, la Condesa, la Roma, Polanco, la colonia Doctores: cada espacio tiene su propio ritmo y su propia clase de conversación. La ciudad no es decorado sino contexto activo que da forma a los personajes y a sus posibilidades.

El humor como inteligencia. La novela defiende, sin decirlo explícitamente, que reírse de la propia situación es una forma de entenderla, y que el sentido

del humor ante el absurdo de la existencia es más sabio que la seriedad con que habitualmente abordamos las preguntas grandes.

La felicidad como temperatura, no como destino. La conclusión no es filosófica sino práctica: la felicidad no es un estado que se alcanza sino una temperatura que se mantiene, y las condiciones para mantenerla son más simples y más difíciles al mismo tiempo que cualquier sistema de ocho semanas certificadas.

CITAS DESTACADAS

"Me llamo Rodrigo Mendívil. Tengo treinta y cuatro años, diseño logos para empresas que quieren parecer más interesantes de lo que son, y llevo exactamente tres años, dos meses y diecisiete días intentando ser feliz de manera científica, filosófica, espiritual y, en un momento de desesperación que prefiero no detallar, también astrológica."

"Los griegos no tenían respuesta para esto."

"La felicidad, según Epicuro, es placer moderado. Según Aristóteles, virtud constante. Según los estoicos, indiferencia total. Según Platón, imposible en vida. Según Brad-Itzamná, cacao a sesenta dólares. Según una señora de la colonia Doctores, chilaquiles verdes sin que te pregunten si está todo bien porque se nota. Gana la señora. Siempre gana la señora."

"La risa de Vania ocurre cuando lo que dices es honesto sobre lo absurdo de tu propia situación."

"La felicidad no es un estado que se alcanza. Es una temperatura que se mantiene."

"El día de la semana que ya no te pesa."

COMPARACIONES LITERARIAS

"El amor en los tiempos del cólera" de Gabriel García Márquez: Ambas obras tratan el amor como una búsqueda que se sostiene a lo largo del tiempo y que transforma al buscador más que al objeto buscado. Donde García Márquez opera en el registro de lo mítico y lo trágico, Rangel Abud opera en el de lo cotidiano y lo cómico, con resultados igualmente honestos sobre la naturaleza del deseo.

"La náusea" de Jean-Paul Sartre: El existencialismo como experiencia vivida, no como sistema abstracto. Rodrigo enfrenta el mismo vértigo ante la falta de esencia predefinida que Roquentin, pero en lugar de la angustia elige el humor como respuesta, lo cual es también una posición filosófica válida aunque Sartre no la hubiera aprobado del todo.

"El mundo de Sofía" de Jostein Gaarder: Filosofía contada como narrativa accesible. Donde Gaarder usa el género de la novela de aprendizaje, Rangel Abud usa el del humor filosófico: en ambos casos el lector aprende filosofía real sin que le parezca que está estudiando.

"Algunas nubes" de Paco Ignacio Taibo II: La Ciudad de México como personaje que condiciona la trama y los personajes. El mismo uso del paisaje urbano mexicano como contexto activo, la misma atención a los ritmos y texturas de la ciudad real.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Es la búsqueda sistemática de la felicidad una contradicción en sus propios términos? ¿Puede encontrarse lo que se busca con demasiada intensidad?

La novela sugiere que Rodrigo encontró la felicidad cuando dejó de buscarla. ¿Es eso una conclusión o una paradoja? ¿Implica que no debemos buscarla, o que debemos buscarla de otra manera?

¿Qué dice sobre la industria del bienestar contemporáneo el hecho de que Rodrigo invierta tres años y recursos considerables en sistemas que no funcionan exactamente como prometen?

La soberbia de Vania resulta ser una armadura defensiva nacida de una experiencia de uso y manipulación. ¿Cómo cambia eso la lectura de su comportamiento en los primeros capítulos?

El capítulo diez es el pivote de la novela: Rodrigo rechaza a Vania con ternura cuando ella finalmente lo busca. ¿Es ese momento un acto de madurez emocional o una oportunidad perdida? ¿Importa la distinción?

¿Cuál de los filósofos que recorre Rodrigo tiene, en su opinión, la aproximación más útil a la felicidad? ¿Y cuál la menos útil para la vida cotidiana real?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

Formato APA: Rangel Abud, S. (2026). La felicidad no es una broma, pero… ¡cómo se le parece! Internet Archive. [URL]

Formato MLA: Rangel Abud, Salvador. La felicidad no es una broma, pero… ¡cómo se le parece! 2026. Internet Archive, [URL].

Formato Chicago: Rangel Abud, Salvador. La felicidad no es una broma, pero… ¡cómo se le parece! Xalapa, Veracruz: Publicación independiente, 2026. Internet Archive.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Autor: Salvador Rangel Abud

Ubicación: Xalapa, Veracruz, México

Email: wrangel.1352@gmail.com

Otras obras: "Lakshmi contra Rakshasas" (2026), "Pero Grullo en el México Actual" (2026), "La Casa de los Siete Pecados Capitales" (2025), "Donde el Aire ya no Alcanza" (2025), "El Silencio del Manglar" (2025), "La Laguna Roja" (2025), "Los Incendiarios de Papel" (2025), "La Última Ovación" (2025), "Amor

sin Destino" (2025), "Las Caras de la Muerte" (2025), "El Camino de la Luz" (2025).

MENSAJE FINAL

Esta novela nació de una pregunta que la filosofía lleva dos mil quinientos años intentando responder y que la industria del bienestar contemporáneo ha convertido en negocio de ocho semanas certificadas: ¿cómo se encuentra la felicidad?

La respuesta honesta es que no se encuentra. O se encuentra, pero no como resultado de buscarla sino como consecuencia de hacer bien las cosas que uno hace, de hablar con verdad con las personas que importan, y de saber cuándo el café de olla sin especificaciones es mejor que el de avena con temperatura exacta, sin espuma pero con crema, sin azúcar pero con canela, en vaso para llevar pero sin tapa porque la tapa concentra el vapor y arruina el primer sorbo.

Rodrigo Mendívil lo aprendió después de tres años, dos mil pesos de filosofía griega online, un cuestionario con muestra de referencia danesa, un retiro de cacao en Tulum, una declaración de independencia existencial con citas de Nietzsche, y un poncho comprado en Buenos Aires con el frío suficiente. Si este libro le ahorra a alguien parte de ese recorrido, bien. Si no, al menos confirma que el recorrido vale la pena aunque no lleve exactamente adonde uno pensaba que llevaría.

La felicidad no es una broma. Pero, como todo lo que importa de verdad en la vida, se le parece bastante.

Salvador Rangel Abud Xalapa, Veracruz, 2026

Publicación digital de distribución libre · Creative Commons BY-NC-ND 4.0 · 2026

Serie No. 1/10 · wrangel.1352@gmail.com

LA FELICIDAD NO ES UNA BROMA, PERO…¡CÓMO SE LE PARECE!

ÍNDICE

PRÓLOGO: Manual de instrucciones para un idiota filosófico

CAPÍTULO 1: Los griegos tenían la respuesta. Lástima que murieron sin dárnosla.

CAPÍTULO 2: La psicología intentó medirme la felicidad. Le salió un número muy pequeño.

CAPÍTULO 3: La sociología explicó por qué no tengo ninguna oportunidad. Con gráficas.

CAPÍTULO 4: El dinero no da la felicidad. Pero Vania sí da más conversación a quienes lo tienen.

CAPÍTULO 5: Fui a buscar mi alma a Tulum. Me la encontró un californiano llamado Itzamná.

CAPÍTULO 6: Confucio dijo que la armonía empieza en casa. Mi casa tenía goteras y una vecina que gritaba.

CAPÍTULO 7: La psicología positiva dice que el amor es una fortaleza. La mía claramente tiene problemas estructurales.

CAPÍTULO 8: Nietzsche dijo que lo que no te mata te hace más fuerte. Claramente no conoció a Vania.

CAPÍTULO 9: Sartre dijo que somos lo que hacemos. Yo hice un viaje a Buenos Aires por amor y volví con una crisis de identidad y un poncho.

CAPÍTULO 10: La felicidad según Hannah Arendt requiere espacio público. La de Vania requería que yo dejara de intentarlo.

CAPÍTULO 11: Sobre cómo aprendí a ser feliz justo cuando dejé de buscar la felicidad. El universo tiene un sentido del humor pésimo.

CAPÍTULO 12: Manual de usuario para la felicidad. Advertencia: no incluye garantía, ni fecha de entrega, ni servicio técnico.

EPÍLOGO: Posdata de un escéptico profesional de la felicidad teórica

LA FELICIDAD NO ES UNA BROMA, PERO…¡CÓMO SE LE PARECE!

PRÓLOGO

Manual de instrucciones para un idiota filosófico

Me llamo Rodrigo Mendívil. Tengo treinta y cuatro años, diseño logos para empresas que quieren parecer más interesantes de lo que son, y llevo exactamente tres años, dos meses y diecisiete días intentando ser feliz de manera científica, filosófica, espiritual y, en un momento de desesperación que prefiero no detallar, también astrológica.

El resultado, hasta ahora, es el siguiente: sé pronunciar correctamente eudaimonía, tengo instaladas en el celular once aplicaciones de bienestar de las cuales uso activamente una y esa me manda notificaciones que ignoro, he meditado en cuatro países distintos sin lograr callar mi cabeza ni diez segundos seguidos, y sigo despertando los martes con la convicción firme, casi científica, de que el universo tiene algo personal en mi contra.

No siempre fui así. Hubo un tiempo en que era simplemente un hombre mediocremente feliz, lo cual, según descubrí después de leer a Aristóteles, a Epicuro y a tres coaches certificados en California, es una forma de felicidad que nadie toma en serio precisamente porque no duele lo suficiente como para cobrarle terapia.

Todo empezó con Paloma.

Paloma Suárez, arquitecta de interiores, lectora compulsiva de libros que tienen frases subrayadas en amarillo en la portada, me dejó un martes de noviembre —los martes siempre, el universo tiene método— con una frase que claramente no era suya: "Necesito encontrarme a mí misma en un espacio de soledad productiva." Lo dijo con una convicción tan serena, tan trabajada, que tardé cuatro días en darme cuenta de que me estaba dejando y no invitando a un retiro de yoga.

Guardé sus cosas en tres cajas de cartón. Le devolví el libro de Marie Kondo que ella me había regalado para que yo aprendiera a "soltar lo que no genera alegría", con una ironía que en ese momento no aprecié. Y me quedé solo en un departamento de sesenta metros cuadrados en la colonia Narvarte, con una planta que se estaba muriendo, una cafetera italiana que no sabía usar bien, y la certeza de que algo en mi vida había salido fundamentalmente mal, aunque no sabía exactamente qué.

Eso fue hace tres años.

Desde entonces he probado, en orden más o menos cronológico, los siguientes métodos para ser feliz: filosofía griega clásica en formato de curso online con certificado imprimible, psicoterapia con una especialista que cobra en dólares y toma notas en un cuaderno que dice Gratitude Journal en letras doradas, meditación *mindfulness* guiada por una aplicación, yoga caliente a cuarenta grados centígrados, dieta ayurvédica que duró once días, retiro espiritual en Tulum con un californiano que se llamaba Brad pero insistía en

que lo llamaran Itzamná, feng shui aplicado al departamento, filosofía oriental dividida en seis semanas de lecturas que terminé saltándome, psicología positiva con cuestionarios de bienestar subjetivo que me situaron en el percentil dieciséis de una muestra de universitarios daneses, y economía conductual de la felicidad, que es básicamente lo mismo que la psicología pero con gráficas más intimidantes.

En ninguno de estos métodos encontré la felicidad. Pero en todos aprendí algo útil: que la industria del bienestar es el único negocio donde el producto puede fallar completamente y el cliente igual culpa sus propias actitudes mentales negativas en lugar de pedir reembolso.

Debería aclarar que este manual —porque eso es lo que esto es, un manual de instrucciones escrito por alguien que siguió todas las instrucciones y el aparato igual no funcionó— no pretende enseñarle a nadie a ser feliz. No tengo esa autoridad. No tengo ese historial. Lo que sí tengo es una cantidad considerable de fracasos documentados, cierta capacidad para reírme de ellos cuando ya no duelen tanto, y la sospecha creciente de que la felicidad no se busca de la manera en que nos han dicho que se busca, sino que aparece por accidente, generalmente cuando uno está haciendo otra cosa y no la está esperando con flores en la mano.

Y también tengo a Vania Lacrosse.

Vania es otro asunto completamente distinto. Vania es el tipo de persona que pide un café con diecisiete especificaciones y el universo las cumple todas sin protestar. Rubia, elegante, con esa clase de seguridad que no se aprende en cursos sino que se hereda o se conquista muy temprano en la vida y ya no se suelta. Vania entró en mi historia un martes —de nuevo los martes, de nuevo el universo— en un café de la Condesa donde yo iba a procesar el trauma de haber sido bloqueado de una plataforma de filosofía online por hacer una pregunta filosófica legítima.

La vi pedir su café con la autoridad serena de quien nunca ha tenido que justificar sus preferencias ante nadie. La vi tratar al barista con una amabilidad que era, en el fondo, más condescendiente que la grosería directa pero que el barista igualmente agradeció porque venía envuelta en una sonrisa que desestabilizaba la gravedad local. Y la vi salir sin mirarme, lo cual en ese momento no tenía ningún significado porque yo era completamente invisible para ella, condición que, lo supe después, iba a tardar bastante en modificarse.

Lo que sigue en estas páginas es el registro honesto de lo que ocurrió entre esa mañana de martes y el momento en que aprendí, por fin, algo verdadero sobre la felicidad. No lo aprendí de Epicuro ni de Aristóteles ni de los estoicos ni de Brad-Itzamná. Lo aprendí de una manera que ningún filósofo griego habría aprobado, porque implica cometer todos los errores que ellos describieron con tanta precisión y de todos modos salir vivo al otro lado.

Este libro no tiene respuestas. Tiene preguntas mejores que las que yo traía cuando empezó todo esto, lo cual es, según me explicó mi terapeuta antes de cobrarme, el único progreso real que existe en materia de bienestar humano.

Le pregunté si eso me salía más barato.

Sonrió, anotó algo en su cuaderno de gratitud, y cambió el tema.

Así que aquí está el manual. Sin garantía de funcionamiento. Sin fecha de entrega de resultados. Sin servicio técnico disponible los fines de semana.

Bienvenido.

Si en algún momento de la lectura se ríe de mí, o de las pendejadas que hago es porque lo estoy haciendo bien.

Pero…si en algún momento se reconoce en mí, es porque ambos tenemos el mismo problema y al menos ya somos dos.

Rodrigo Mendívil

Ciudad de México,

un martes (¡Siempre un maldito martes!)

CAPÍTULO 1

Los griegos tenían la respuesta. Lástima que murieron sin dárnosla.

El curso se llamaba "De Sócrates a la Serenidad en Ocho Semanas" y costaba dos mil pesos mexicanos, que es exactamente la cantidad que uno está dispuesto a pagar por la felicidad cuando ya probó con el helado y no funcionó.

Lo encontré un domingo por la noche, que es el horario en que los algoritmos saben que uno está vulnerable. Había terminado de ver una serie de televisión noruega donde todos eran melancólicos pero de una manera muy bien iluminada, aunque con el pinche frío que siempre debe haber en esas latitudes, y estaba en ese estado específico de domingo nocturno que los griegos, con su costumbre de ponerle nombre a todo, habrían llamado algo como existential-dread-pre-lunes, si hubieran tenido lunes laborales y jefes que mandan correos a las once de la noche.

El instructor se llamaba Chad Morrison, aunque en la plataforma aparecía como "Dr. Chad Morrison, Ph.D. en Filosofía Aplicada y Bienestar Consciente", con un doctorado otorgado por una universidad californiana cuya principal credencial académica parecía ser haber registrado su nombre ante el estado de California. En la foto del perfil sonreía con la dentadura de alguien que ha hecho las paces consigo mismo o que tiene un muy buen seguro dental y un eficaz Odontólogo en Malibú, y detrás de él, estratégicamente enmarcado en la pared, colgaba su diploma junto a una cita de Marco Aurelio impresa en tipografía de palo seco sobre fondo color arena.

Me inscribí antes de leer la letra chica.

La letra chica decía que el curso no garantizaba resultados, que la felicidad era un proceso personal e intransferible, y que en caso de insatisfacción no había reembolsos porque el conocimiento, una vez transmitido, no podía devolverse. Una política que Sócrates habría aplaudido, ya que él tampoco cobraba, aunque hay que decir que a él le fue proporcionalmente peor.

La primera sesión fue sobre Epicuro.

Chad explicó, con el entusiasmo de quien descubrió algo que lleva dos mil trescientos años publicado, que Epicuro no era el filósofo del placer desenfrenado que la historia popular había construido, sino todo lo contrario: era el filósofo del placer inteligente, del placer sin consecuencias, del placer que no te arruina el hígado ni la agenda del día siguiente. Su propuesta era sencilla hasta rozar lo decepcionante: busca lo que no duele, evita lo que duele, cultiva amigos que no te compliquen la existencia, y come queso con moderación.

Lo anoté todo en un cuaderno Scribe de cien hojas que había comprado específicamente para el curso, convencido de que la seriedad del soporte físico influía en la profundidad del aprendizaje.

Anoté: Epicuro. Placer moderado. Sin excesos. Sin drama. Como comer fresas con queso.

Luego vino Aristóteles, que es donde las cosas se complican de manera profesional.

Chad explicó que para Aristóteles la felicidad no era un sentimiento sino una actividad. No algo que te pasaba sino algo que hacías, específicamente algo que hacías bien, conforme a la virtud, de manera constante, durante toda la vida, sin días libres ni excedentes emocionales permitidos. Lo llamó *eudaimonía*, que Rodrigo copió tres veces hasta aprender a escribirlo sin revisar el cuaderno, y que Chad tradujo como "florecimiento humano pleno", que suena exactamente igual de exigente en español.

La propuesta aristotélica, en resumen, era la siguiente: sé virtuoso todo el tiempo en proporciones exactas, ni demasiado valiente ni demasiado cobarde, ni demasiado generoso ni demasiado tacaño, ni demasiado sociable ni demasiado hermético. El justo medio en todo. Una cuerda floja emocional extendida sobre el abismo de la existencia, sin red, sin arnés, y con toga, que es la prenda menos adecuada para mantener el equilibrio.

Lo anoté: Aristóteles. Virtud constante. Justo medio. Toda la vida. Sin toga disponible...y me sentí ni muy abusado ni muy pendejo. Todo cuadraba con Aristóteles.

Después llegaron los estoicos, que son los filósofos favoritos de la gente que no ha sufrido lo suficiente como para saber que el estoicismo es mucho más fácil de predicar que de practicar. Séneca, Marco Aurelio, Epicteto. Chad los presentó con la admiración contenida de quien los descubrió en un podcast de productividad personal. Su mensaje central era limpio y casi agresivo en su simplicidad: no puedes controlar lo que te pasa, solo puedes controlar cómo

reaccionas ante lo que te pasa. Por lo tanto, deja de preocuparte por lo primero y concéntrate en lo segundo.

Rodrigo levantó la mano en el chat. Escribió: "¿Y si lo que me pasa es tan malo que mi reacción también sale mal?"

Chad no respondió directamente. Siguió con la diapositiva siguiente.

Lo anoté: Estoicos. Controlar reacciones. No lo que pasa. Ver si funciona en el tráfico del Periférico a las ocho de la mañana.

Finalmente llegó Platón, que es el filósofo que uno presenta cuando quiere terminar una clase con algo que suene profundo pero que en realidad es devastador. Chad explicó el mito de la caverna con la solemnidad de quien lo cuenta por primera vez, aunque hay indicios de que Platón lo escribió hace aproximadamente veinticuatro siglos. La idea era que vivimos encadenados mirando sombras proyectadas en una pared y creemos que esas sombras son la realidad, cuando la realidad verdadera está afuera, en la luz, en el mundo de las Ideas con “I” mayúscula, en un reino perfecto e invisible al que no tenemos acceso mientras estemos vivos y probablemente tampoco después.

Rodrigo procesó esto unos segundos y levantó de nuevo la mano en el chat. Escribió: "Entonces según Platón, la felicidad verdadera está en un lugar al que no podemos ir. ¿Eso no es básicamente lo mismo que decir que no existe?"

Hubo una pausa larga.

Chad escribió: "Rodrigo, te invito a reformular esa pregunta desde un lugar de apertura y no de resistencia."

Rodrigo escribió: "La reformulo: ¿no es eso exactamente lo mismo que decir que no existe?"

Lo bloquearon de la plataforma diecisiete minutos después, durante la sesión de preguntas y respuestas, cuando insistió en saber cómo se aplicaba el justo medio aristotélico a la situación específica de alguien cuya exnovia se fue citando libros de autoayuda y cuyo nivel de virtud constante era, en el mejor de los casos, intermitente.

La notificación decía: "Tu acceso a esta sesión ha sido suspendido por comportamiento disruptivo del aprendizaje colectivo."

Rodrigo guardó el cuaderno Scribe, cerró la laptop, y salió a caminar porque las cuatro escuelas filosóficas griegas, juntas y aplicadas simultáneamente, le habían producido exactamente el tipo de confusión que ninguna de ellas habría aprobado.

Terminó en un café de la Condesa que se llamaba algo en inglés y tenía la música demasiado alta para el horario. Pidió un americano. Se sentó junto a la ventana. Abrió el cuaderno en la última página que había escrito y leyó sus propias notas con la distancia de quien revisa un accidente de tráfico desde la banqueta.

Epicuro. Placer moderado. Sin excesos. Sin drama. Queso. Aristóteles. Virtud constante. Justo medio. Toda la vida. Sin toga disponible. Estoicos. Controlar reacciones. No lo que pasa. Ver si funciona en el tráfico del Periférico a las ocho de la mañana. Platón. Felicidad en otro plano. Sin acceso en vida. Básicamente no existe. Dos mil pesos tirados a la basura, y encima habiendo hecho que todos los conectados en el chat de Chad pensaran que era un pendejo con la mente cerrada por el pesimismo…y tal vez no se equivocaban.

Cerró el cuaderno.

Fue entonces cuando la vio.

Estaba en la barra, de pie, con el teléfono en una mano y el otro brazo apoyado sobre el mostrador con la naturalidad de quien apoya el brazo sobre mostradores desde que nació. Rubia, con ese rubio que puede ser natural o puede ser muy caro y en cualquiera de los dos casos produce el mismo efecto en quien lo mira. Alta. Vestida con la clase específica de sencillez que solo es sencilla en apariencia y en realidad requiere criterio, dinero y tiempo en proporciones que Rodrigo no habría sabido calcular.

Estaba pidiendo un café.

El proceso de pedir ese café duró aproximadamente cuatro minutos, que es el tiempo que tarda en prepararse un café expreso doble, pero el café que ella pidió no era un expreso doble. Era algo que involucraba leche de avena —no de almendras, específicamente de avena, y de una marca específica que el café afortunadamente tenía—, temperatura exacta, un shot adicional, sin espuma pero con crema, sin azúcar pero con un poco de canela encima, y en vaso para llevar pero sin tapa porque la tapa concentraba el vapor y arruinaba el primer sorbo.

El barista anotó todo esto con la concentración de un estudiante de medicina tomando dictado en una clase de anatomía compleja.

Ella agradeció con una sonrisa que era genuinamente amable y al mismo tiempo dejaba claro que así debían ser las cosas y que el barista había hecho bien su trabajo al anotar correctamente en lugar de simplificarlo por iniciativa propia.

Rodrigo la observó durante todo el proceso con la discreción de alguien que no tiene ninguna discreción pero que al menos no estaba siendo obvio desde su propio punto de vista.

Pensó, de manera involuntaria y casi simultánea, en los cuatro filósofos que acababa de estudiar.

Epicuro habría dicho que contemplarla era un placer hedonista y que el placer era el bien supremo justo en “ese” momento, pero que habría que hacerlo con moderación para no crear un deseo insatisfecho que generara sufrimiento. Lo cual era un consejo excelente que Rodrigo no iba a seguir porque ya la estaba deseando.

Aristóteles habría dicho que la belleza era una virtud del cuerpo y que admirarla era un acto racional conforme a la naturaleza humana, aunque

habría añadido que la prudencia recomendaba no quedarse mirando como quien ve un accidente. Rodrigo no tenía mucha prudencia disponible en ese momento porque la seguía mirando como si el accidente hubiera ocasionado muchos heridos.

Los estoicos habrían dicho que ella estaba fuera de su control y que por lo tanto no debía importarle. Los estoicos habrían dicho muchas cosas sensatas que nadie escucha precisamente porque son sensatas, pero él no era precisamente estoico.

Y Platón habría dicho que lo que él estaba mirando era solo la sombra de algo perfecto que existía en otro plano. Lo cual, pensó Rodrigo, era lo más cercano a un cumplido que Platón era capaz de dar. Solo se atrevió a pensar que ella sería hermosa dentro y fuera de la cueva de Platón.

Ella recogió su café, giró hacia la puerta, y pasó junto a su mesa sin mirarlo. No porque lo hubiera ignorado deliberadamente. Simplemente porque no había ninguna razón para que lo mirara. Él era parte del fondo, del ambiente, de los muebles del café. Era el equivalente humano de un cuadro decorativo que nadie ve después del primer día.

Rodrigo la vio salir.

Vio cómo la puerta se cerraba detrás de ella con esa precisión hidráulica de las puertas de los cafés caros y vio su andar cadencioso e hipnótico con unas caderas firmes y que lo invitaban a seguirla mirando.

Pero en lugar de eso, solo miró su americano, que ya estaba tibio.

Abrió el cuaderno en una página nueva y escribió una sola línea:

Seguro que los griegos no tenían respuesta para esto.

Cerró el cuaderno, pagó, y salió a la calle, donde la noche de la Condesa seguía siendo la noche de la Condesa: ruidosa, tibia, completamente indiferente a sus problemas filosóficos y a la mujer rubia que en algún punto de esa misma noche estaba bebiendo un café a la temperatura exacta que había pedido, en un lugar donde Rodrigo no estaba y probablemente no iba a estar en mucho tiempo.

No sabía todavía cómo se llamaba.

No sabía todavía que los martes iban a adquirir un significado completamente distinto a partir de ese momento.

Solo sabía que Epicuro, Aristóteles, los estoicos y Platón, con todo su aparato conceptual de veinticinco siglos, no le habían dado ninguna herramienta útil para lo que acababa de pasarle en ese café.

Lo cual, en retrospectiva, era exactamente el tipo de cosa que Sócrates habría convertido en pregunta.

Y por eso a Sócrates también lo bloquearon. Solo que en su época el bloqueo era más definitivo y venía en formato de cicuta.

CAPÍTULO 2

La psicología intentó medirme la felicidad. Le salió un número muy pequeño.

El problema con ver a una mujer así en un café un domingo por la noche es que el lunes ya no puedes pensar en otra cosa, lo cual arruina sistemáticamente la productividad laboral, la meditación matutina, y cualquier intento honesto de aplicar el estoicismo a la vida cotidiana.

El lunes intenté trabajar. Tenía que entregar el rediseño de la marca de una empresa de suplementos alimenticios que se llamaba VitaZen y cuyos dueños querían que el logotipo transmitiera simultáneamente salud, misticismo oriental, modernidad occidental y confianza científica. Le dediqué cuatro horas y produced algo que transmitía principalmente confusión. Lo mandé de todos modos con un correo que decía "primera propuesta conceptual, abierto a retroalimentación", que es la manera profesional de decir que no estaba seguro de nada.

El martes no mejoró.

El miércoles busqué en Google "cómo dejar de pensar en alguien que no sabe que existes" y los resultados fueron, en orden: un artículo de psicología pop con doce pasos que incluía el paso ocho titulado "honra tus emociones sin juzgarlas", un video de YouTube de dieciséis minutos sobre apego ansioso, y un foro donde alguien preguntaba exactamente lo mismo y las respuestas oscilaban entre "el tiempo lo cura todo" y "yo tampoco pude y ya van tres años".

Cerré Google.

Fue Patricio quien sugirió la terapia, aunque lo dijo de una manera que hacía imposible negarse sin parecer obstinado. Patricio Garza era mi amigo desde la universidad, administrador de empresas de vocación y consultor organizacional de profesión, con una tendencia reciente y alarmante a hablar de inteligencia emocional en contextos donde antes habría dicho simplemente "no seas dramático". Había tomado un diplomado en coaching ontológico el año anterior y desde entonces citaba a Daniel Goleman con la misma soltura con que antes citaba los precios de la cerveza en el estadio.

—Lo que describes —dijo, mientras comíamos tacos de canasta en un puesto de Tepito al que íbamos los jueves desde hacía ocho años porque los tacos eran extraordinarios y el ambiente era lo suficientemente ruidoso como para tener conversaciones difíciles sin que nadie te escuchara— lo que describes es un patrón de fijación cognitiva con componentes de idealización proyectiva. Necesitas trabajarlo con alguien.

—Vi a una mujer en un café —dije.

—Exacto —dijo Patricio, como si eso confirmara su diagnóstico.

La terapeuta se llamaba Dra. Fernanda Rivas, aunque en su página web aparecía como "Dra. Fernanda Rivas, psicóloga clínica con especialidad en bienestar integral, mindfulness terapéutico y psicología positiva aplicada", lo

cual me generó cierta inquietud porque la última vez que había buscado algo "integral" había terminado en el curso de Chad Morrison. Cobraba en dólares, que convertía a pesos al tipo de cambio del día con una aplicación en el teléfono, lo cual le daba a cada sesión una dimensión económica adicional que dependía en parte de la volatilidad del mercado cambiario.

La primera sesión comenzó con un cuestionario.

El cuestionario se llamaba SWLS, que significa Satisfaction With Life Scale, y consistía en cinco afirmaciones que uno debía calificar del uno al siete según qué tanto las consideraba verdaderas en su vida. Las afirmaciones eran del tipo: "En la mayoría de los aspectos, mi vida está cerca de mi ideal" y "Estoy satisfecho con mi vida", y la instrucción era responder con honestidad sin pensar demasiado en cada respuesta.

Respondí con honestidad.

La doctora revisó el puntaje, lo anotó en su cuaderno —que decía Gratitude Journal en letras doradas en la portada, lo cual me preocupó ligeramente— y dijo, con la serenidad de quien entrega resultados de laboratorio:

—Tu puntaje es dieciséis.

—¿De cuánto?

—De treinta y cinco.

Procesé eso unos segundos.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que tu satisfacción vital está en el rango que la escala clasifica como "levemente insatisfecho, por debajo del promedio".

—¿Por debajo del promedio de qué?

—De una muestra de referencia de universitarios daneses.

Miré la ventana. Afuera, en la colonia Polanco, la vida seguía con la indiferencia característica de los miércoles por la tarde.

—¿Y los daneses universitarios son el estándar de la felicidad humana?

—Son la muestra de validación de la escala —dijo la doctora, con el tono de quien ha tenido esta conversación antes.

—Entiendo —dije, aunque no entendía muy bien por qué mi bienestar emocional se comparaba con el de jóvenes escandinavos que probablemente tenían seguridad social gratuita, cuatro semanas de vacaciones garantizadas, y un gobierno que funcionaba.

Después vinieron más cuestionarios. El BDI, que medía síntomas depresivos. El GAD-7, que medía ansiedad. El PANAS, que medía el balance entre emociones positivas y negativas. El PERMA Profiler, que evaluaba las cinco dimensiones del bienestar según Martin Seligman: emociones positivas, compromiso, relaciones, sentido y logro.

En todos quedé más o menos igual: funcionalmente bien, existencialmente mediocre, emocionalmente por debajo del promedio danés.

La doctora revisó los resultados, cruzó los dedos sobre el cuaderno de gratitud, y pronunció su diagnóstico con la parsimonia de alguien que ha estudiado muchos años para poder decir esto sin que suene a insulto:

—Lo que veo es una disonancia afectiva con tendencias a la hiper racionalización del deseo. Probablemente agravada por un duelo relacional no procesado y ciertos patrones de búsqueda de sentido que se han vuelto compulsivos.

Abrí la boca.

La cerré.

La volví a abrir.

—¿Eso tiene cura?

—Tiene proceso —dijo ella.

—¿Cuánto tiempo?

Sonrió con la calidez profesional de quien sabe que esta pregunta no tiene respuesta útil.

—El proceso no tiene fecha de vencimiento. Cada persona lleva su propio ritmo.

Pagué mil doscientos pesos al salir, que ese día equivalían a sesenta y un dólares con treinta y dos centavos según el tipo de cambio, y bajé al elevador convencido de que estaba perfectamente sano y que el problema era la muestra danesa.

El elevador llegó al piso doce.

Las puertas se abrieron.

Y ahí estaba ella.

No de manera metafórica. No como proyección de mi fijación cognitiva con componentes de idealización proyectiva. Físicamente. En carne y hueso y perfume y ese rubio que podía ser natural o muy caro y en cualquiera de los dos casos producía el mismo efecto gravitacional en quien lo miraba.

Llevaba una carpeta bajo el brazo y el teléfono en la mano y la expresión de alguien que tiene el siguiente punto del día perfectamente claro en su agenda mental. Me miró exactamente como se mira un mueble que estorba: sin hostilidad, sin interés, con la evaluación rápida e indolora de quien determina en menos de un segundo que el objeto frente a ella no requiere mayor atención.

Di un paso hacia la derecha para dejarle espacio.

Ella entró al elevador.

Yo salí.

Las puertas se cerraron.

Me quedé parado en el pasillo del piso doce, frente al elevador cerrado, durante aproximadamente cuatro segundos que se sintieron como una unidad

de tiempo que los griegos no habían catalogado pero que merecía su propio nombre.

Luego miré el directorio de consultorios que había en la pared. Recorrí la lista. En el consultorio 1204 aparecía: "Dra. Valeria Mondragón, dermatología estética y tratamientos faciales". En el 1208: "Lic. Roberto Salinas, nutrición deportiva". En el 1212: "Dra. Fernanda Rivas, psicología clínica integral".

Y en el 1207: "Dr. Esteban Lacrosse, cardiología".

Lacrosse.

Miré el elevador cerrado.

Miré el directorio.

Me pregunté si era su padre, su marido, su hermano, o simplemente el inquilino anterior y ella había venido a recoger correspondencia. Me respondí que probablemente era su padre porque tenía ese apellido y ese porte de quien heredó tanto el apellido como el porte, y que visitar al cardiólogo del piso doce de un edificio de consultorios en Polanco era exactamente el tipo de cosa que hacía alguien que se movía con esa naturalidad en el mundo.

Caminé hacia las escaleras porque ya no quería esperar el elevador.

En el camino de vuelta a casa, en el metro, apretado entre una señora con bolsas del mercado y un estudiante con mochila que ocupaba el espacio de dos personas, abrí el celular y descargué tres aplicaciones de bienestar que había visto recomendadas en un artículo. La primera se llamaba *Calm*. La segunda se llamaba *Head space*. La tercera se llamaba *Happify*, que es el tipo de nombre que solo funciona en inglés porque en español "*Felicifícate*" no le diría nada a nadie.

Las tres me pidieron que respondiera un cuestionario inicial para personalizar mi experiencia.

Las tres me hicieron preguntas parecidas a las de la doctora Rivas, con la diferencia de que estas venían con ilustraciones de personas sonrientes en paisajes nórdicos con árboles y lagos y esa luz específica del norte de Europa que nunca existe en la Ciudad de México.

En las tres quedé en el rango de "tiene áreas de oportunidad significativas en su bienestar emocional", que es la manera en que las aplicaciones dicen que estás regular sin que te ofendas y dejes de pagar la suscripción mensual.

Cerré las tres aplicaciones.

Guardé el teléfono.

La señora de las bolsas me miró con la lástima breve y sin compromiso que se les dedica a los desconocidos en el metro cuando algo en su expresión sugiere que las cosas no van del todo bien.

—¿Está bien, joven?

—Sí, gracias —dije.

—Se le ve cara de que no.

No supe qué responder a eso porque tenía razón y porque la señora del metro había llegado al mismo diagnóstico que la doctora Rivas en aproximadamente tres segundos y sin cobrar mil doscientos pesos ni compararme con universitarios daneses.

Bajé en Insurgentes.

Caminé hasta el departamento.

Preparé café, que es lo que hago cuando necesito pensar y cuando no necesito pensar, o sea prácticamente siempre.

Abrí el cuaderno Scribe en una página nueva y escribí lo siguiente:

Semana uno del proceso terapéutico sin fecha de vencimiento. Diagnóstico: disonancia afectiva con tendencias a la hiper racionalización del deseo. Puntaje de satisfacción vital: dieciséis de treinta y cinco. Referencia: universitarios daneses. Conclusión provisional: o los daneses son extraordinariamente felices o el cuestionario está mal calibrado para personas que viven en ciudades donde el metro huele a humanidad concentrada y el tráfico del Periférico a las ocho de la mañana es una experiencia que ningún estoico ha procesado correctamente.

Dato relevante: la mujer del café del domingo también tiene consultorio en el mismo edificio donde me atiende la terapeuta, o al menos su apellido aparece en el directorio del piso doce, lo cual según la doctora Rivas probablemente calificaría como "información que el inconsciente buscará utilizar para perpetuar el patrón de fijación".

Dato adicional: su apellido es Lacrosse.

Cerré el cuaderno.

Me tomé el café.

Pensé que Lacrosse era un apellido que sonaba a persona acostumbrada a que las cosas funcionen a la temperatura exacta que pidió, lo cual era coherente con todo lo que había observado hasta ahora.

Pensé que la doctora Rivas tenía probablemente razón en todo lo que había dicho, y que eso no cambiaba absolutamente nada.

Pensé que los daneses universitarios y yo no teníamos mucho en común más allá de ser seres humanos en busca de sentido, y que ellos llevaban considerable ventaja en las condiciones estructurales de esa búsqueda.

Y pensé, finalmente, que dieciséis de treinta y cinco era un número perfectamente mejorable.

El problema era que la doctora Rivas no había explicado cómo.

Solo había dicho que el proceso no tenía fecha de vencimiento.

Lo cual, pensándolo bien, era exactamente lo mismo que decía el curso de Chad Morrison antes de bloquearme.

La industria del bienestar, concluí mientras lavaba la taza de café, tenía una consistencia notable en sus métodos. Todos cobraban antes de entregar

resultados. Todos prometían procesos sin plazos. Y todos, sin excepción, tenían cuestionarios con muestras de referencia que hacían sentir a uno levemente inferior al promedio de algún grupo de personas que probablemente también llenaban cuestionarios y quedaban levemente por debajo del promedio de otro grupo.

Era un sistema perfecto.

Perfectamente diseñado para que nadie llegara nunca al treinta y cinco.

CAPÍTULO 3

La sociología explicó por qué no tengo ninguna oportunidad. Con gráficas.

Patricio llegó al café con una servilleta doblada en cuatro y la actitud de quien viene a salvar una vida, que es la actitud que Patricio había adoptado desde que terminó su diplomado en coaching ontológico y descubrió que podía aplicar sus conocimientos a la vida de los demás sin que nadie se lo pidiera formalmente.

Era jueves. Los jueves con Patricio en los últimos ocho años habían transcurrido en el mismo puesto de tacos de canasta en Tepito, con variaciones mínimas en el menú y conversaciones que iban de lo trivial a lo existencial según el nivel de chile que uno le pusiera a los frijoles. Ese jueves, sin embargo, Patricio había llegado antes que yo, había pedido los tacos sin consultarme, y había desplegado sobre la mesa una servilleta en la que había dibujado, con pluma azul y una precisión que sugería premeditación, algo que se parecía a una gráfica de dispersión.

—Esto —dijo, señalando la servilleta con el índice— es tu situación.

Miré la gráfica. Tenía dos ejes. El eje horizontal decía "Capital cultural" y el eje vertical decía "Capital económico". Había dos puntos marcados. Uno estaba en la zona media del cuadrante inferior izquierdo, con una pequeña R escrita a lado. El otro estaba en el cuadrante superior derecho, casi en la esquina, con una pequeña V.

La distancia entre los dos puntos era considerable.

—¿Leíste a Bourdieu? —pregunté.

—Lo vi resumido en un podcast —dijo Patricio—. Pero el concepto aplica perfectamente. Tú y esta mujer que viste en el café no están en el mismo campo social. No comparten el mismo habitus. Sus esquemas de percepción, valoración y acción están estructurados por condiciones materiales y culturales radicalmente distintas.

Pedí mis tacos. El taquero me los sirvió con la eficiencia silenciosa de alguien que lleva veinte años en el oficio y ha escuchado suficientes conversaciones ajenas como para no sorprenderse por ninguna.

—No sé si se llama Vania todavía —dije—. Solo sé el apellido.

—Lacrosse —repitió Patricio, como si el apellido mismo fuera evidencia sociológica suficiente—. Lacrosse. ¿Sabes qué significa eso?

—¿Un deporte canadiense?

—Significa origen francés o franco-canadiense, clase alta o media alta consolidada, probablemente segunda o tercera generación en México con capital simbólico acumulado, red de contactos en sectores de salud, finanzas o industria, y una relación con el dinero que es tan antigua que ya no tiene que demostrar nada.

—Todo eso del apellido.

—Del apellido y del cardiólogo del piso doce de Polanco —dijo Patricio, tomando un taco con la soltura de quien hace dos cosas a la vez sin perder el hilo argumentativo—. Nadie tiene consultorio en ese edificio si no puede pagar ese edificio. Y nadie paga ese edificio si no tiene el tipo de clientela que puede permitírselo.

Miré la gráfica de la servilleta. La R y la V seguían donde las había puesto Patricio, separadas por una distancia que en términos de servilleta eran cuatro centímetros pero que en términos de Bourdieu eran probablemente varias generaciones de acumulación diferencial de recursos simbólicos y materiales.

—¿Y entonces qué hago?

Patricio terminó su taco. Se limpió la boca. Me miró con la compasión calibrada de quien tiene que decir algo difícil pero necesario.

—En términos estrictamente sociológicos, lo más racional sería reconocer la asimetría estructural de la situación y redirigir tu energía hacia campos donde tu capital sea más competitivo.

—¿Eso significa que me olvide de ella?

—Significa que el amor romántico, como cualquier otro campo social, opera con reglas de intercambio donde los agentes tienden a emparejarse con quienes tienen volúmenes similares de capital. No es un juicio moral. Es una descripción estadística.

—Bourdieu nunca tuvo que lidiar con una mujer que pide el café con diecisiete especificaciones y hace que el barista se sienta agradecido de haberlas anotado correctamente.

Patricio consideró esto.

—No, probablemente no. Bourdieu era francés y en Francia eso es simplemente pedir un café.

Guardé la servilleta en el bolsillo de la chamarra, no porque pensara consultarla después sino porque tirarla habría sido reconocer que tenía razón, y reconocer que tenía razón habría requerido hacer algo con esa información, y hacer algo con esa información habría significado olvidarme de Lacrosse antes de saber siquiera cómo se llamaba de pila, lo cual me parecía prematuro.

El primer intento formal de acercamiento ocurrió doce días después, en una inauguración de galería en la Juárez.

Me enteré del evento por Instagram, donde un conocido del mundo del diseño compartió la invitación con el comentario "arte contemporáneo que hace preguntas", que es la manera en que la gente del medio anuncia que no entiende lo que va a ver pero que le parece importante estar ahí. Fui porque el diseño del cartel era interesante y porque, siendo honesto, había desarrollado el hábito reciente de aparecer en lugares donde estadísticamente podría estar alguien con el apellido Lacrosse, que resultó ser una estrategia con menos rigor metodológico de lo que parecía en teoría.

La galería era un espacio blanco en planta baja con piso de concreto y una iluminación que hacía que todo pareciera más significativo de lo que era. Había una mesa con vino blanco servido en copas delgadas como preguntas sin respuesta, y en las paredes y el centro del espacio, distribuidas con la espacialidad estudiada de quien cobra por el metro cuadrado, las obras de una artista llamada Renata Voss que trabajaba con objetos domésticos intervenidos.

La pieza principal era una silla de madera rota, apoyada sobre un espejo horizontal en el suelo, de manera que el espejo reflejaba los fragmentos de la silla y creaba la ilusión de una silla completa vista desde abajo.

Estaba leyendo la ficha técnica —"Sin título, madera, espejo, dimensiones variables, 2024"— cuando la vi.

Vania Lacrosse estaba a tres metros de distancia, mirando la misma silla rota con la concentración de alguien que o bien la entendía profundamente o bien estaba esperando que alguien le explicara qué se suponía que debía sentir. Llevaba algo beige que en otro cuerpo habría sido aburrido y en el suyo era una declaración. El cabello recogido con esa clase de descuido calculado que tarda cuarenta minutos en conseguirse. Un vaso de vino en la mano izquierda sostenido con la ligereza de quien no necesita aferrarse a nada para sentirse segura.

Respiré.

Recordé a Epicuro: el placer inteligente no genera sufrimiento posterior.

Recordé a Aristóteles: la virtud está en el justo medio, ni demasiado audaz ni demasiado cobarde.

Recordé a los estoicos: controla lo que puedes controlar.

Recordé a Bourdieu: la R y la V en la servilleta de Patricio, separadas por cuatro centímetros de distancia estructural.

Ignoré todo esto y caminé hacia ella.

Me coloqué a su lado, a una distancia que esperaba transmitiera interés casual y no urgencia patológica, y miré la silla rota con la expresión de alguien que tiene algo interesante que decir al respecto. Lo que en realidad tenía era tiempo suficiente para pensar en algo que sonara interesante mientras fingía ya haberlo pensado.

—La fragilidad ontológica del objeto cotidiano —dije, con una seguridad que no correspondía al nivel de convicción que sentía por la frase.

Vania giró la cabeza hacia mí. Me miró. Fue una mirada breve, completa, del tipo que en dos segundos procesa más información de la que uno quisiera proporcionar.

—¿Perdón? —dijo.

—La pieza —expliqué, señalando la silla con un gesto que esperaba pareciera natural—. Trabaja con la tensión entre el objeto funcional y su representación especular. La silla rota recupera su integridad en el reflejo, pero es una integridad ilusoria. Es como si la realidad y su imagen no pudieran coexistir en el mismo estado.

Hubo una pausa.

Vania miró la silla.

Me miró a mí.

Volvió a mirar la silla.

—Creo que es simplemente una silla rota —dijo.

Lo dijo sin crueldad. Lo dijo con la misma serenidad con que había pedido el café con diecisiete especificaciones: como alguien que dice lo que ve sin necesidad de adornarlo ni de disculparse por no adornarlo.

Antes de que pudiera responder, se acercó un hombre con blazer de lino color crudo, la clase de prenda que cuesta lo que cuesta precisamente porque parece que no costó nada, y le puso la mano en el brazo con la familiaridad de quien tiene derecho a poner la mano en ese brazo.

—Vania, Renata quiere presentarte a los curadores —dijo.

—Ahorita voy —dijo ella.

Me miró una vez más, con la misma evaluación breve y sin consecuencias con que había mirado la silla.

—Perdona —me dijo, y se fue.

Caminé de vuelta a la mesa del vino. Me serví una copa. Bebí la mitad de un trago.

Me pregunté si "Vania" era diminutivo de algo o nombre completo. Decidí que era nombre completo porque era el tipo de nombre que no necesita explicación.

Me pregunté si el hombre del blazer de lino era novio, socio, amigo, o una combinación de las tres cosas que en ciertos círculos sociales resulta indistinguible.

Me pregunté qué habría dicho Aristóteles sobre el justo medio entre la audacia de haberme acercado y la cobardía de haberlo arruinado con una frase sobre ontología que ella había desmontado en cuatro palabras.

Saqué la servilleta de Patricio del bolsillo.

La miré.

La R y la V seguían donde las había puesto Patricio.

Guardé la servilleta.

Terminé el vino.

En el camino a casa, en el Uber, le mandé un mensaje a Patricio que decía: "Primer contacto verbal establecido. Resultado: ella dijo que la silla era simplemente una silla rota y se fue con alguien con blazer de lino."

Patricio respondió a los dos minutos: "Bourdieu lo predijo. ¿Cenamos el jueves?"

Respondí que sí.

Miré por la ventana del Uber la ciudad pasar, con sus luces y sus tráficos y sus millones de personas que en ese momento estaban teniendo conversaciones más exitosas que la mía, o al menos conversaciones en las que nadie desmantelaba su argumento principal en cuatro palabras y se iba con alguien de lino.

Pero también pensé, y esto Patricio con todo su Bourdieu no me lo podría quitar, que ella me había dicho "perdona" antes de irse.

Y que "perdona" era una palabra que se le dice a alguien que existe.

Lo cual era, estadísticamente, una mejora respecto al elevador donde había sido un mueble.

Progreso, concluyó Rodrigo, es relativo. Como casi todo en sociología.

CAPÍTULO 4

El dinero no da la felicidad. Pero Vania sí da más conversación a quienes lo tienen.

La conclusión que saqué de la galería no fue la que Patricio habría esperado. Patricio habría esperado que yo procesara la distancia estructural entre la R y la V en su servilleta de Bourdieu, aceptara el diagnóstico sociológico con madurez adulta, y redirigiera mi energía hacia campos donde mi capital fuera más competitivo, que era su manera académica de decirme que buscara a alguien más en mi rango.

Lo que saqué en cambio fue esto: el problema no era ontológico ni sociológico. Era económico. Y los problemas económicos, a diferencia de los existenciales, tienen solución técnica.

Lo decidí un lunes por la mañana, que es el horario en que uno toma decisiones que parecen racionales porque la semana acaba de empezar y todavía no ha tenido tiempo de demostrar que no lo son. Abrí el cuaderno Scribe, pasé las páginas con los apuntes de Epicuro, Aristóteles, los estoicos, Platón, los cuestionarios de bienestar daneses y la gráfica de Bourdieu, y en una hoja nueva escribí en mayúsculas: PLAN DE OPTIMIZACIÓN DE INGRESOS.

Debajo, con la seriedad de quien elabora un documento estratégico y no un acto de desesperación romántica disfrazado de planificación financiera, anoté tres puntos:

Uno. Subir tarifas de diseño treinta por ciento. Dos. Conseguir cliente corporativo de presupuesto alto. Tres. Dejar de cobrar en pesos cuando el proyecto lo permite.

Era un plan sólido. Tenía estructura. Tenía numeración. Era exactamente el tipo de plan que uno hace cuando quiere creer que está siendo estratégico y no cuando está tratando de acortar la distancia entre dos puntos en una servilleta.

Lo primero que hice fue actualizar mi perfil de LinkedIn, que llevaba dos años sin tocar y donde mi foto de perfil era una imagen de una convención de diseño en 2019 donde salía ligeramente desenfocado y con cara de estar escuchando una ponencia sobre tipografía sin haber dormido suficiente. La cambié por una foto que me tomé esa misma mañana frente a la pared blanca del departamento, con buena luz y la expresión de alguien que sabe lo que hace y cobra en consecuencia. Actualicé el titular profesional. Antes decía "Diseñador gráfico freelance". Ahora decía "Director creativo independiente, identidad de marca y comunicación visual estratégica". No había cambiado nada de lo que hacía. Solo había cambiado cómo se llamaba lo que hacía, que en LinkedIn es prácticamente lo mismo.

Lo segundo fue mandar tres correos a agencias de publicidad con las que había trabajado antes, ofreciendo mis servicios para proyectos corporativos con un nuevo tabulador de tarifas que era exactamente treinta por ciento más alto que el anterior y que justifiqué en el correo con la frase "actualización de tarifas alineada a estándares del mercado", que es la manera profesional de decir que necesito ganar más sin dar explicaciones de por qué.

Dos agencias no respondieron. La tercera respondió con interés.

Se llamaba Concepto Vivo y se dedicaba, según su sitio web, a "construir experiencias de marca con propósito", lo cual quería decir que hacían identidad corporativa para empresas medianas que querían parecer más grandes de lo que eran, que es básicamente lo que hacen todas las agencias de ese tamaño y no hay nada de malo en ello. El proyecto que ofrecían era el rediseño de identidad visual completa para una empresa llamada BioBalance, dedicada al bienestar empresarial, los programas de salud corporativa y los talleres de mindfulness para equipos de trabajo.

Acepté sin leer el brief completo porque el presupuesto era el más alto que me habían ofrecido en dieciocho meses y porque diseñar la identidad de una empresa de bienestar mientras yo mismo buscaba el bienestar tenía una ironía que en ese momento me pareció tolerable y después resultó ser agotadora.

El proyecto tomó tres semanas. Diseñé un sistema de identidad que usaba una paleta de verdes y tierras, una tipografía sans-serif con personalidad amable pero seria, y un símbolo que era abstractamente una hoja y también

abstractamente una persona en posición de meditación y también, si uno lo miraba de cierto ángulo, una ola, todo simultáneamente, que es lo que se llama en diseño un símbolo polisémico y lo que los clientes llaman "que signifique todo sin decir nada específico". Me pagaron a los quince días, puntualmente, en una transferencia que llegó un viernes por la tarde con el tipo de discreción satisfactoria que tiene el dinero cuando llega sin drama.

Con ese dinero hice tres cosas.

Pagué dos meses de renta adelantados, que era lo responsable.

Compré una cafetera de émbolo italiana que había visto en una tienda de la Condesa y que costaba cuatro veces lo que costaba mi cafetera anterior pero producía un café cuatro veces mejor, o al menos eso me pareció los primeros tres días antes de que la diferencia dejara de notarse, que es la dinámica habitual del consumo de objetos con expectativas simbólicas.

Y con el resto, después de calcular tres veces que alcanzaba y media vez que no pero decidí que sí, hice la llamada.

Le escribí a Vania por Instagram.

Había encontrado su cuenta seis días después de la galería, con la metodología de búsqueda que cualquier persona en mi situación habría usado y que consiste en buscar el apellido, filtrar por ciudad, revisar las fotos hasta confirmar que es la persona correcta, y luego quedarse mirando el perfil durante un tiempo que es difícil de justificar en términos de eficiencia temporal. Su cuenta era semiprivada, con algunas fotos visibles: una de ella en lo que parecía una terraza en Europa, otra en una cena con gente elegante y copas de vino que costaban lo que cuesta una cena completa en otros contextos, y la foto de perfil que era un primer plano donde sonreía con la misma seguridad tranquila con que hacía todo lo demás.

El mensaje que le mandé tardó cuarenta minutos en escribirse y decía: "Hola, nos vimos en la inauguración de Renata Voss la semana pasada. Soy diseñador, vi que trabajas en comunicación y pensé que podría ser interesante conocernos. ¿Te toma un café algún día?"

Lo mandé antes de releerlo una vez más porque si lo releía una vez más no lo mandaba.

Respondió a los dos días, que son exactamente los días suficientes para que uno asuma que no va a responder y empiece a procesar el rechazo, y luego responde y uno tiene que deshacer todo el procesamiento que ya había hecho.

Decía: "Hola. Sí, te recuerdo, el de la silla ontológica. Puedo el jueves a las siete, Café Toscano en Álvaro Obregón. No llegues tarde."

Tres cosas en ese mensaje me llamaron la atención. Primera: me recordaba. Segunda: había bautizado el incidente de la galería como "el de la silla ontológica", lo cual significaba que le había parecido suficientemente memorable como para ponerle nombre. Tercera: "No llegues tarde" era una instrucción, no una sugerencia, y las instrucciones las dan las personas que

están acostumbradas a que se les obedezca, lo cual era coherente con todo lo que había observado sobre Vania Lacrosse hasta ese momento.

Llegué diez minutos antes.

Me senté en una mesa que daba a la puerta para verla entrar. Pedí agua. Revisé el teléfono tres veces sin leer nada. Me acomodé la camisa, que era la mejor que tenía y que había planchado esa mañana por primera vez en semanas.

Vania llegó puntual. Puntual como llega la gente que respeta su propio tiempo y por extensión el de los demás, o como llega la gente que sabe que llegar tarde en una primera cita es un mensaje que no quiere mandar todavía.

Se sentó, pidió agua sin gas y después un vino blanco sin revisar la carta, porque conocía el lugar o porque era el tipo de persona que siempre sabe qué va a pedir.

—¿Sigues pensando que la silla era ontológica? —preguntó, con una media sonrisa que era lo más cercano a una broma que yo le había visto.

—Sigo pensando que era una silla rota —dije—. Tú tenías razón.

Le gustó eso. No lo dijo, pero algo en la manera en que tomó el vaso de agua fue diferente, más tranquila, como quien recibe una confirmación que esperaba pero que igualmente aprecia.

Hablamos durante cuarenta minutos que fueron, hasta ese momento, los mejores cuarenta minutos del año. Hablamos de su trabajo, que tenía que ver con comunicación corporativa y relaciones públicas para empresas del sector salud, lo cual explicaba parcialmente el cardiólogo del piso doce. Hablamos del diseño, de la diferencia entre lo que uno quiere hacer y lo que los clientes quieren que uno haga, de la Ciudad de México y de cómo cada colonia tiene su propio ritmo que no se mezcla con el de las demás. Ella hablaba con precisión, sin palabras de más, con la economía de alguien que sabe que lo que dice vale y no necesita inflarlo para que pese.

Yo hablaba con más cuidado del habitual, eligiendo cada frase con la atención de quien camina sobre suelo que podría no sostenerse.

Todo iba bien.

Todo iba notablemente bien para ser la primera conversación real entre dos personas que hasta entonces se habían visto tres veces sin intercambiar más de doce palabras contando las de la silla.

Fue entonces cuando Vania preguntó, con la curiosidad directa que tenía para todo:

—¿Y en qué te inspiras para diseñar? ¿Qué lees, qué ves?

Respondí con honestidad, porque la honestidad me parece más sostenible que la estrategia a mediano plazo.

—Leo de todo. Últimamente filosofía. Estuve leyendo a Epicuro, a Aristóteles.

Vania asintió con el interés genuino de quien no conoce el tema pero tampoco finge conocerlo.

—¿Y quién es Epicuro?

Respiré.

Era una pregunta perfectamente razonable. Era una pregunta que cualquier persona podía hacer. Era una pregunta que yo debí haber respondido con una frase breve, accesible, sin tecnicismos, que dejara el tema abierto para seguir hablando de otras cosas.

—Epicuro fue un filósofo griego del siglo cuarto antes de Cristo —dije— que fundó una escuela llamada el Jardín y propuso que el bien supremo es el placer entendido como ausencia de dolor, ataraxia o tranquilidad del alma, y aponía, que es la ausencia de dolor físico. Su propuesta era que la felicidad se alcanza mediante la satisfacción de deseos naturales y necesarios, evitando los deseos vacíos que generan sufrimiento sin proporcionar bienestar real. Rechazaba el miedo a la muerte argumentando que cuando la muerte está nosotros no estamos y cuando nosotros estamos la muerte no está, y consideraba la amistad como el bien más grande disponible para el ser humano, superior incluso al placer individual porque la amistad proporciona seguridad y es en sí misma una fuente constante de placer. También creía en los dioses pero sostenía que eran indiferentes a los asuntos humanos, lo cual liberaba al ser humano del miedo religioso y le permitía vivir sin la ansiedad de agradar o desagradar a fuerzas sobrenaturales caprichosas.

Hubo un silencio.

Vania me miró.

—¿Es chef? —preguntó.

Tardé dos segundos en procesar la pregunta.

—¿Perdón?

—Epicuro. ¿Tiene restaurante?

Entendí.

—No —dije—. Murió hace dos mil trescientos años.

—Ah —dijo Vania.

Miró su vino.

Lo pensé después, en el Uber de regreso, con la precisión clínica del análisis retrospectivo: había tenido cuarenta minutos perfectos y los había interrumpido yo mismo con una conferencia no solicitada sobre un filósofo griego muerto que ella razonablemente podría haber confundido con el dueño de un restaurante de cocina mediterránea en la Condesa.

La cena terminó amablemente. Vania pidió la cuenta antes del postre, lo cual podía significar muchas cosas o solo una. Me despedí en la puerta del restaurante con un apretón de manos que era demasiado formal para lo que había sido la noche pero que fue lo que salió en el momento.

Caminé media cuadra.

Me detuve.

Saqué el cuaderno Scribe del bolso.

Anoté: Epicuro arruinó la cena. La ironía de esto, dado que Epicuro predicaba el placer moderado y la ausencia de sufrimiento innecesario, es de una consistencia filosófica que él mismo habría apreciado y que yo en este momento no puedo apreciar porque me costó lo que me costó la cena más el taxi y encima quedé como un pedante.

Cerré el cuaderno.

Seguí caminando.

En algún punto de esa misma noche, Vania Lacrosse estaba llegando a su departamento, que yo imaginaba luminoso y ordenado y con vista a algo más interesante que el patio interior que yo tenía desde el mío.

Quizás estaba pensando en Epicuro.

Quizás no estaba pensando en nada relacionado con esa cena.

Lo segundo era estadísticamente más probable.

Pero la noche, pensé, había durado cuarenta minutos buenos antes de descarrilarse.

Y cuarenta minutos buenos con Vania Lacrosse, concluyó Rodrigo mientras llegaba al metro, valían lo que valían.

Que era, siendo precisos, exactamente lo que había costado la cena más el taxi.

CAPÍTULO 5

Fui a buscar mi alma a Tulum. Me la encontró un californiano llamado Itzamná.

La recomendación del retiro espiritual llegó por tres canales distintos en el mismo fin de semana, lo cual interpreté como señal del universo y no como evidencia de que el algoritmo de Instagram había identificado mi perfil demográfico con precisión quirúrgica y me estaba sirviendo publicidad segmentada desde cuatro ángulos simultáneos.

El primer canal fue la doctora Rivas, que en nuestra quinta sesión dijo, con la neutralidad clínica de quien no recomienda sino sugiere: —Algunos de mis pacientes encuentran útil hacer una pausa intencional del entorno cotidiano. Un espacio de retiro donde trabajar la presencia sin las interferencias habituales.

El segundo canal fue un podcast de bienestar que escuché mientras esperaba que compilara un archivo de diseño, donde un hombre con voz de meditation app habló durante veintidós minutos sobre la importancia de desconectarse para reconectarse, frase que al principio me pareció una tautología y al final me pareció suficientemente profunda como para anotarla en el cuaderno.

El tercer canal fue un meme budista que me mandó mi prima Cecilia por WhatsApp a las once y media de la noche, que decía "cuando el alumno está listo, el maestro aparece" sobre un fondo de montañas con niebla, y que mi prima acompañó con el mensaje: "primo esto es para ti, te lo juro que lo sentí cuando lo vi". Mi prima Cecilia manda entre cuatro y siete memes espirituales por semana y rara vez acierta, pero esa noche, por alguna razón que no supe explicarme, lo guardé en lugar de archivarlo.

El retiro se llamaba "Raíces y Cielo: Cinco Días de Reconexión Ancestral en el Corazón de la Selva Maya" y su página web abría con una foto aérea de la selva al amanecer, con niebla entre los árboles y una luz que parecía filtrada por alguien que sabía lo que hacía. El precio era considerable. La descripción prometía ceremonias de cacao, meditaciones guiadas al amanecer, temazcal tradicional, alimentación vegana con ingredientes locales, y lo que llamaban "un acompañamiento profundo hacia tu versión más auténtica", que es una frase que puede significar cualquier cosa y precisamente por eso no puede refutarse.

Lo dirigía alguien que en la página aparecía fotografiado de perfil, mirando el horizonte con esa expresión de serenidad trabajada que tienen las personas que cobran por tenerla, bajo el nombre de Itzamná.

En la sección de preguntas frecuentes, al fondo, casi oculta entre información sobre qué llevar en la maleta y las políticas de cancelación, había una línea que decía: "Itzamná, cuyo nombre de origen es Brad Morrison, es originario de Santa Bárbara, California, y lleva doce años trabajando con tradiciones mesoamericanas."

Brad Morrison.

Lo pensé unos segundos.

—¿Chad o Brad? —le pregunté a Patricio por WhatsApp.

—Son hermanos espirituales —respondió Patricio—. Uno te cobra por la felicidad griega y el otro por la maya. La familia Morrison tiene cubierto el mercado occidental completo.

Reservé de todos modos.

Llegué a Tulum un viernes por la tarde en un vuelo que salió con cuarenta minutos de retraso desde el aeropuerto de la Ciudad de México, lo cual me dio tiempo de releer las instrucciones del retiro, que incluían: teléfono en modo avión durante las actividades grupales, ropa cómoda preferentemente en tonos naturales, mente abierta a experiencias que desafíen los marcos habituales de comprensión, y disposición a compartir el espacio con otros buscadores. Esta última palabra, buscadores, me pareció un eufemismo eficiente para personas que habían pagado lo mismo que yo sin saber exactamente qué iban a encontrar.

El centro del retiro era un conjunto de cabañas de madera y palapa en las afueras del pueblo, con jardines cuidados con esa naturalidad artificial que requiere trabajo constante para parecer que no requiere trabajo. Había una

alberca pequeña. Había hamacas. Había una estructura circular abierta, con techo de palapa y sin paredes, que era el espacio de ceremonias, y que esa tarde tenía cojines distribuidos en círculo sobre el suelo de madera y una pequeña mesa al centro con flores, velas, y un cuenco que después supe contenía el cacao ceremonial.

Los otros participantes ya estaban en el jardín cuando llegué.

Greta, una ejecutiva de Frankfurt de cuarenta y dos años que trabajaba en logística farmacéutica y que explicó su presencia en el retiro con la eficiencia germana de quien presenta un informe: —Burnout diagnosticado, cuatro semanas de licencia médica, el terapeuta recomendó algo diferente.

Joon, un diseñador de interfaces de Seúl que pasaba temporadas largas en México por razones que fue revelando gradualmente a lo largo de los cinco días y que tenían que ver con una ruptura, una startup fracasada, y una madre con expectativas sobre su carrera que él describía con una mezcla de culpa y humor que reconocí inmediatamente porque era la misma mezcla con que yo describía a la mía.

Y Vania Lacrosse.

Vania Lacrosse estaba sentada en una hamaca con el teléfono en la mano y una limonada en el portavasos de la hamaca, con el cabello suelto y una blusa blanca de lino que no era la misma blusa del hombre de la galería pero era del mismo universo de ropa cara que parece sencilla. Levantó la vista cuando llegué. Me miró. Y por primera vez desde que la conocía, la vi procesar algo más que una evaluación de dos segundos.

—El de la silla ontológica —dijo.

—El mismo —dije.

—¿También buscas tu alma?

—Tengo entendido que la encontraré aquí. Está incluida en el precio.

Algo en su expresión cambió levemente. No fue una sonrisa completa. Fue el movimiento previo a una sonrisa, ese instante donde el gesto decide si va a completarse o no. Esta vez decidió no completarse, pero el instante había ocurrido y yo lo había visto.

Brad, que prefería Itzamná pero respondía a Brad cuando Greta lo llamaba así sin darse cuenta, llegó al jardín a las seis con la puntualidad de alguien cuyo horario tiene sentido espiritual pero también presupuestal. Era exactamente como su foto: bronceado de manera permanente, con el tipo de cabello que en California se llama beach waves y en México se llama no tener peine, y esa serenidad en los ojos que puede ser iluminación genuina o práctica prolongada frente al espejo, y que en cualquier caso producía el efecto deseado en quien lo miraba.

Nos reunió en el espacio de ceremonias. Nos pidió que apagáramos los teléfonos. Nos explicó, con una mezcla de español con acento y palabras en maya que pronunciaba con cuidado, el programa de los cinco días: ceremonias de apertura y cierre, temazcal el segundo día, meditaciones al

amanecer, círculos de conversación al atardecer, y la ceremonia de cacao el último día, que era la actividad central y que Brad describió como un portal hacia la sabiduría interior ancestral.

—El cacao —dijo Brad, con la solemnidad de quien entrega información clasificada— no es una bebida. Es una medicina. Es una maestra. Cuando la tomamos con intención, nos habla.

Miré a Vania. Vania miraba a Brad con la expresión de quien está procesando cuánto de esto es literal y cuánto es metafórico.

Miré a Greta. Greta tomaba notas.

Miré a Joon. Joon miraba el cuenco de cacao con la concentración de alguien que quiere creer.

Los cinco días tuvieron su propia lógica, que es la lógica de los lugares donde el tiempo funciona diferente porque no hay nada que te recuerde a qué hora son las cosas que normalmente te recuerdan a qué hora son las cosas. Me desperté antes del amanecer tres días seguidos, que es algo que nunca hago en la Ciudad de México y que ahí sucedió naturalmente, sin alarma, como si el cuerpo recordara un horario más antiguo. Medité con un nivel de distracción decreciente. Sudé en el temazcal más de lo que había sudado en toda la temporada de calor. Comí cosas que no sabía que se comían y que estaban mejor de lo que esperaba. Tuve conversaciones con Greta sobre el sentido del trabajo y con Joon sobre el sentido de las expectativas familiares y con Brad sobre el sentido del sentido, que fue la conversación más circular que he tenido en mi vida y también, curiosamente, la más honesta.

Y tuve, dispersas en los cinco días, once conversaciones con Vania.

Las conté después, en el cuaderno, con fecha y duración aproximada y tema principal. Once conversaciones de entre cinco y veinticinco minutos cada una, distribuidas en desayunos, caminatas, y los momentos antes y después de las actividades grupales en que la gente habla porque el silencio ya se ha llenado suficientemente.

En esas once conversaciones aprendí que Vania Lacrosse tenía treinta y un años, que su padre era cardiólogo y su madre era arquitecta y que crecer entre un hombre que salvaba corazones y una mujer que construía espacios le había dado una relación con el mundo que ella describía como "todo tiene que funcionar bien y verse bien al mismo tiempo, lo cual es más difícil de lo que parece". Que había estudiado comunicación porque le gustaba entender cómo la gente construye las cosas que dice antes de decirlas. Que la soberbia que yo había leído en ella desde el café era, según sus propias palabras, "una costumbre de no pedir disculpas por saber lo que quiero", lo cual no era exactamente lo mismo que soberbia pero producía efectos similares en quienes no la conocían.

Que había ido al retiro porque su última relación había terminado seis meses antes y porque, como ella dijo en el círculo del tercer día con una honestidad

que sorprendió a todo el grupo incluido Brad, "necesitaba un lugar donde nadie supiera quién soy para poder averiguar quién soy sin que nadie opine".

La ceremonia de cacao fue el quinto día, al atardecer.

El cacao era amargo, espeso, y sabía exactamente como suena que sabe el cacao ceremonial preparado sin azúcar con especias e intención: a chocolate oscuro mezclado con algo que podría ser pimienta o podría ser la decepción de quien esperaba algo más trascendental.

Brad guio la ceremonia con música suave y preguntas que lanzaba al espacio como si el espacio fuera a responder, y que en realidad respondíamos nosotros, cada quien en silencio o en voz alta según lo que surgía.

Cerré los ojos.

Pensé en Paloma, que se había ido hacía tres años y a quien ya podía pensar sin que doliera de la manera en que dolía antes, sino con la distancia tranquila de algo que fue real y terminó y estuvo bien mientras duró.

Pensé en el cuaderno Scribe con sus notas de griegos y psicólogos y sociólogos y planes de optimización de ingresos.

Pensé en Vania a tres cojines de distancia, con los ojos cerrados y el cacao en las manos y esa expresión que tenía cuando no sabía que alguien la estaba mirando, que era distinta a todas las expresiones que ponía cuando sí lo sabía.

Y pensé, con una claridad que el cacao puede o no haber facilitado y que yo prefiero atribuir a cinco días sin teléfono y con suficiente sueño: no sé si estoy enamorado de Vania o si me atrae precisamente porque representa todo lo que yo no tengo. No sé si la persigo porque la quiero o porque quererla me da una dirección en la que caminar cuando no tengo otra. No sé si lo que siento es amor o es el tipo de fijación que la doctora Rivas diagnosticó con nombre técnico y que yo había rebautizado internamente como "proceso en curso".

No supe responder ninguna de esas preguntas esa noche.

Pero hacérmelas ya era algo.

Brad terminó la ceremonia con un fragmento en maya que nadie entendió pero que sonó apropiado. Greta lloró un poco con la discreción alemana de quien llora porque necesita pero no quiere que sea un evento. Joon se quedó sentado largo rato después de que terminó, mirando el cuenco vacío. Vania abrió los ojos, me miró, y dijo en voz baja:

—El cacao sabe horrible.

—Sí —dije.

—¿Y a ti te habló?

Lo pensé un momento.

—Me hizo preguntas —dije—. No exactamente lo mismo.

Algo en eso le pareció suficientemente honesto. Asintió con esa economía de gestos que tenía para todo lo que consideraba verdadero.

Volvimos a la Ciudad de México al día siguiente en el mismo vuelo, que salió puntual, que era un cambio respecto al vuelo de llegada y que interpreté como lo que es: una coincidencia logística sin significado metafísico, aunque a cierta altura sobre el Golfo de México, con Vania dormida en el asiento de junto y la selva de Quintana Roo ya invisible bajo las nubes, me costó trabajo no buscarle uno.

Hablamos cuarenta minutos mientras el resto del avión dormía o miraba películas con audífonos.

Era el mejor rato que había pasado en tres años.

No le dije eso.

Pero lo anoté en el cuaderno cuando llegué al departamento, a la una de la mañana, con la maleta todavía sin deshacer y la planta de la sala más muerta de lo que la había dejado.

Algunos maestros, escribí, no aparecen cuando el alumno está listo.

Aparecen en el asiento C del vuelo 431 de regreso de Cancún, duermen cuarenta minutos, y luego hablan contigo el resto del trayecto como si las once conversaciones anteriores hubieran sido el prólogo de esta y no el evento principal.

Mi prima Cecilia tenía razón.

Aunque por razones completamente distintas a las que ella imaginaba cuando mandó el meme.

CAPÍTULO 6

Confucio dijo que la armonía empieza en casa. Mi casa tenía goteras y una vecina que gritaba.

De regreso en la Ciudad de México, con la maleta deshecha y la planta de la sala oficialmente muerta, tomé una decisión que en ese momento me pareció filosóficamente sólida y que Patricio, cuando se la expliqué el jueves siguiente, describió como "la estrategia más rebuscada que has tenido hasta ahora, y eso es decir mucho".

La decisión era la siguiente: antes de dar cualquier paso adicional con Vania Lacrosse, tenía que poner mi vida en orden. No metafóricamente, aunque también metafóricamente. Literalmente. El departamento, los hábitos, el entorno. Había leído en el vuelo de regreso, mientras Vania dormía y yo no podía, un artículo sobre filosofía oriental y espacios de vida que decía que el orden exterior refleja el orden interior y que uno no puede construir relaciones armoniosas desde un espacio caótico. El artículo citaba a Confucio, al Tao Te Ching, y a Marie Kondo, que es la santísima trinidad del orden doméstico contemporáneo.

Confucio, según el artículo, había dicho que para gobernar un país primero hay que gobernar la familia, y para gobernar la familia primero hay que cultivarse a uno mismo, y para cultivarse a uno mismo primero hay que

rectificar el corazón, y para rectificar el corazón primero hay que hacer sinceros los pensamientos. Era una cadena de causas que empezaba en lo más interior y terminaba en lo más exterior, y que yo, con la lógica pragmática de quien no tiene tiempo de rectificar el corazón pero sí de limpiar el departamento, decidí aplicar en sentido inverso: primero el departamento, luego el resto.

El Tao Te Ching, por su parte, hablaba del wu wei, que se traduce como no acción o acción sin esfuerzo, y que el artículo explicaba como la sabiduría de no forzar las cosas sino dejar que fluyan según su naturaleza. Lo apliqué a Vania: no la llamaría durante diez días. Dejaría que el encuentro de Tulum sedimentara. Fluiría sin forzar.

Lo que no anticipé era que fluir sin forzar, cuando uno está esperando que fluya algo específico, se parece mucho a quedarse quieto mirando el teléfono sin que llegue nada.

Los diez días pasaron.

Vania no escribió.

Yo no escribí.

Patricio escribió dos veces: una para confirmar el jueves de tacos y otra para mandar una nota de voz de cuatro minutos donde comentaba un partido de fútbol con una intensidad que no guardaba ninguna proporción con la importancia del partido. Los borré después de escucharlos.

El día once, que era técnicamente fuera del periodo de wu wei pero que yo extendí a catorce por prudencia taoísta, decidí que la no acción había funcionado como debía y que era momento de pasar a la acción, que en términos prácticos significaba invitarla a ver el departamento rediseñado con los principios del feng shui que había estado aplicando durante esas dos semanas.

El feng shui es el arte chino de organizar los espacios para favorecer el flujo de energía, llamada chi, y tiene reglas específicas sobre la dirección de los muebles, los colores de las paredes, los elementos que deben estar presentes en cada zona de la casa, y la importancia de no tener cosas muertas en espacios de vida, lo cual eliminaba inmediatamente la planta de la sala y le daba un sentido póstumo a su muerte que ella no habría apreciado pero que yo encontré reconfortante.

Compré tres plantas nuevas en el vivero de Insurgentes, eligiendo especies que según el artículo de feng shui que había leído eran especialmente favorables para la energía de prosperidad y relaciones armoniosas: una *pothos*, que es prácticamente inmortal y por lo tanto una elección segura para alguien con mi historial botánico, un jade, que representa abundancia, y algo que el señor del vivero llamó "lengua de suegra", que tiene el nombre más irónico posible para una planta que supuestamente mejora las relaciones.

Reorganicé los muebles según el Pa kua, que es el mapa energético del feng shui que divide el espacio en nueve zonas correspondientes a distintas áreas

de la vida. La zona de relaciones, según el mapa, estaba en la esquina sureste del departamento, que en mi caso era donde tenía la mesa de trabajo. Moví la mesa de trabajo. Puse en su lugar una pequeña repisa con una vela, una piedra que alguien me había regalado en Tulum, y la foto menos comprometedora de mi galería personal, que era una imagen de la Ciudad de México desde el Cerro de la Estrella que había tomado yo mismo y que en retrospectiva tenía más mérito compositivo del que le había dado.

Pinté la pared de la entrada de un tono que la ferretería llamaba "blanco hueso cálido" y que en la pared quedó como blanco normal con aspiraciones, lo cual igual era una mejora respecto al blanco institucional desgastado que había tenido desde que me mudé.

Contraté a Doña Carmen, que limpiaba el departamento de mi vecina del cuarto piso y que aceptó venir también a limpiar el mío dos veces por semana con la resignación profesional de quien ha visto departamentos de hombres solos y sabe exactamente con qué va a encontrarse.

Doña Carmen limpió durante tres horas el primer día y al salir me dijo, con la franqueza de quien ya no tiene nada que perder en esa relación laboral:

—Está mucho mejor, licenciado. Aunque la gotera del baño la tiene que reportar al administrador porque eso no es cosa de limpieza.

—¿Qué gotera?

—La del techo del baño. Ahí donde la mancha café. Lleva tiempo, se nota.

Fui al baño. Miré el techo. La mancha era evidente, del tamaño de un plato mediano, con ese color específico del agua que se ha filtrado durante semanas a través de concreto y yeso sin que nadie le preste atención.

Llamé al administrador. El administrador dijo que iba a mandarlo a revisar. El plomero llegó cuatro días después, miró la mancha, y dijo que había que esperar a que dejara de llover para sellar desde arriba, lo cual en temporada de lluvias de la Ciudad de México es una perspectiva temporal que se parece mucho a esperar a que el universo decida que ya es suficiente.

La invitación a Vania llegó el día que Doña Carmen terminó su segunda limpieza y el departamento olía a limpio y las plantas estaban vivas y los muebles estaban en su lugar feng shui y la gotera del baño estaba temporalmente cubierta con un trapo doblado en cuatro que absorbía el goteo con una eficiencia modesta pero digna.

Le escribí: "Hola. Tengo un proyecto de diseño del que me gustaría tu opinión de comunicación. ¿Puedes venir al estudio un día de esta semana?"

Llamar "estudio" al departamento era, técnicamente, inexacto. Pero trabajar desde casa es trabajar desde un estudio si uno lo decide así, y en el mundo del diseño freelance esa clase de decisiones nominales son parte del oficio.

Respondió al día siguiente: "Puedo el miércoles a las seis."

El miércoles llegué del supermercado a las cuatro con queso, fruta, y una botella de vino blanco que le pregunté al señor de la vinería que fuera bueno

sin que se notara que estaba pidiendo ayuda, y que él seleccionó con la eficiencia de quien entiende la pregunta real detrás de la pregunta literal. Puse todo en la mesa. Preparé el café de émbolo italiano. Revisé que las plantas estuvieran presentables. Acomodé sobre la mesa de trabajo, que ya no estaba en la zona de relaciones pero que seguía siendo funcional en su nueva ubicación, tres carpetas con proyectos recientes que podían servir como pretexto de conversación profesional.

Vania llegó a las seis con dos minutos de adelanto, que era la primera vez que llegaba antes de la hora acordada y que interpreté como señal, aunque de qué exactamente no estaba seguro.

Entró. Miró el departamento con esa manera de mirar que tenía para los espacios, heredada probablemente de la madre arquitecta, que procesaba proporción, luz, orden y habitabilidad en el tiempo que a otra persona le tomaba ver si había dónde sentarse.

Dio un paso hacia la sala. Miró las plantas. Miró la repisa del sureste con la vela y la piedra de Tulum. Miró la pared de blanco hueso cálido con aspiraciones. Recorrió con la mirada la cocina, el corredor, la puerta entreabierta del estudio.

Se volvió hacia mí con una sonrisa que era la primera sonrisa completa que le veía, sin el movimiento previo que decidía si completarse, sino directamente sonrisa.

—¿Reorganizaste todo?

—Actualicé el espacio —dije.

—¿Feng shui?

Lo dijo sin burla. Con el reconocimiento neutro de quien identifica el método sin juzgarlo.

—Principios de organización oriental aplicados al entorno de trabajo —dije.

—¿Y funciona?

—Las plantas siguen vivas —dije—. Es un indicador.

Se sentó en el sillón que según el Pa kua correspondía a la zona de creatividad y que en términos prácticos era simplemente el sillón más cómodo. Aceptó el vino. Miró las carpetas de proyectos con interés genuino, no el interés de compromiso de quien mira algo para ser amable, sino el interés de quien ve algo que le parece relevante para lo que hace.

Estuvimos una hora y cuarenta minutos hablando de diseño, de comunicación, de cómo las marcas construyen confianza o la destruyen según las decisiones visuales que toman. Vania tenía criterio y lo usaba sin disculparse, señalando lo que funcionaba y lo que no con la misma economía directa con que hacía todo. Yo le mostraba proyectos y ella los leía como textos, buscando qué decían más allá de lo que querían decir.

Era, hasta ese momento, la mejor conversación profesional que había tenido en años.

Y luego, desde el baño, con la puntualidad cruel de los momentos que no se pueden controlar, se escuchó el goteo.

No era fuerte. Era el goteo discreto y constante de agua cayendo sobre el trapo doblado en cuatro, con ese ritmo que en otro contexto habría sido casi meditativo y que en ese contexto específico era lo opuesto de la imagen de orden y armonía que había construido con dos semanas de feng shui y tres plantas y Doña Carmen.

Vania lo escuchó.

Miró hacia el corredor del baño.

Me miró a mí.

—¿Tienes gotera?

—Estoy procesándola —dije.

—¿Con el feng shui?

—Desde el wu wei —dije—. Acción sin esfuerzo. Dejando que fluya según su naturaleza.

Vania me miró tres segundos completos con esa expresión que tenía cuando algo le parecía más gracioso de lo que estaba dispuesta a admitir. Luego se rio.

No la media sonrisa de la galería. No el gesto previo de Tulum. Una risa real, breve, con los ojos entrecerrados y la cabeza levemente inclinada, de esas que salen cuando algo sorprende genuinamente el sentido del humor de una persona.

La anoté mentalmente con la precisión de quien registra un fenómeno que necesita documentar: la risa de Vania Lacrosse ocurre cuando lo que dices es honesto sobre lo absurdo de tu propia situación, no cuando intentas ser gracioso.

Era información útil.

Era, también, el momento más cercano a la ternura que habíamos tenido hasta entonces.

Se fue a las ocho. En la puerta, mientras esperaba el elevador, miró de nuevo el interior del departamento con esa mirada arquitectónica heredada.

—Está bien organizado —dijo—. Funciona.

—¿La gotera o el feng shui?

—Las dos cosas —dijo—. A su manera.

El elevador llegó. Entró. Las puertas se cerraron.

Me quedé en el marco de la puerta unos segundos, mirando el pasillo vacío.

Fui al baño. Miré la gotera. El trapo estaba empapado. Lo cambié por uno seco. El goteo continuó con su ritmo constante e indiferente a los principios del wu wei.

Confucio, pensé, tenía razón en que la armonía empieza en casa.

Lo que no especificó es qué hacer cuando la casa tiene goteras que el administrador no arregla, plantas que pueden o no sobrevivir el mes, y una zona de relaciones en el sureste que por más velas y piedras de Tulum que uno le ponga no garantiza nada sobre las relaciones.

Aunque la risa de Vania, esa risa breve y real que había ocurrido en esta sala este miércoles a las siete y cuarto de la noche, sí era algo.

Era, decidí mientras preparaba el café de las ocho, suficiente para seguir rectificando el corazón en la dirección correcta.

Aunque primero había que llamar al administrador otra vez.

CAPÍTULO 7

La psicología positiva dice que el amor es una fortaleza. La mía claramente tiene problemas estructurales.

Martin Seligman, el padre fundador de la psicología positiva, propuso que el bienestar humano auténtico se construye sobre cinco pilares que en inglés forman el acrónimo PERMA: Positive Emotions, Engagement, Relationships, Meaning y Accomplishment. Lo sé porque la doctora Rivas me lo explicó en nuestra octava sesión con un entusiasmo que sugería que ella misma lo había descubierto recientemente y no que llevaba años aplicándolo profesionalmente.

Lo que Seligman no incluyó en su modelo, y que yo habría agradecido que incluyera, es una nota al pie que dijera: las Relationships del tercer pilar son considerablemente más complicadas cuando la persona con quien quieres tenerlas responde tus mensajes en tiempos que no corresponden a ningún patrón identificable y te llama por primera vez a las once de la noche de un martes para pedirte que le diseñes una presentación para el día siguiente.

Eso fue exactamente lo que pasó tres semanas después de la visita al departamento.

El teléfono sonó a las once y cuatro minutos. Yo estaba leyendo, o más precisamente estaba mirando un libro abierto mientras pensaba en otras cosas, que es lo que pasa cuando uno intenta leer después de las diez de la noche con el nivel de concentración que queda después de un día de trabajo.

—Rodrigo, necesito un favor —dijo Vania, sin saludo previo, con la urgencia calibrada de quien sabe que la urgencia es legítima y no necesita disculparse por ella.

—Dime.

—Tengo una presentación mañana a las nueve con el consejo directivo de un cliente. El diseñador que me la estaba haciendo desapareció. Literalmente, dejó de responder mensajes hace tres días y no sé si está muerto o simplemente es irresponsable, que en este gremio las dos opciones tienen la misma probabilidad estadística.

No respondí a eso porque tenía razón.

—¿Cuántas diapositivas?

—Treinta y dos. Tengo el contenido listo, solo necesito que se vea como si alguien que sabe lo que hace lo hubiera organizado. No tienes que inventar nada, solo hacer que lo que ya está parezca coherente y profesional.

—¿A qué hora necesitas que esté lista?

—¿Puedes a las siete de la mañana?

Calculé. Eran las once y diez. Siete horas, de las cuales por lo menos seis necesitaba trabajar si quería que quedara bien. Dormiría después.

—Mándame el contenido —dije.

Lo mandó en quince minutos: un documento de Word con textos, una carpeta con imágenes, y un mensaje de voz de dos minutos donde explicaba el tono que buscaba, la audiencia, y los tres puntos que la presentación debía dejar claros antes de terminar. El mensaje de voz era preciso, sin palabras de más, exactamente la información que un diseñador necesita para hacer su trabajo sin tener que adivinar qué quiere el cliente.

Pensé, mientras abría el documento, que Vania Lacrosse sabía exactamente cómo pedir lo que necesitaba. Que esa claridad era una forma de respeto hacia el trabajo del otro. Y que la doctora Rivas probablemente diría que yo estaba racionalizando una dinámica asimétrica como si fuera una virtud ajena, cuando en realidad era una señal de que el tercer pilar de Seligman tenía en mi caso un déficit estructural considerable.

La doctora Rivas tenía razón en muchas cosas.

Trabajé hasta las cinco y media de la mañana.

La presentación quedó bien. No bien como en cumplió los requisitos mínimos, sino bien como en coherente, jerarquizada, con un sistema visual que respetaba la identidad del cliente y hacía que los tres puntos centrales aparecieran con la claridad de quien los dice por primera vez aunque los haya dicho antes. Le puse más cuidado del estrictamente necesario, que es lo que uno hace cuando trabaja para alguien cuya opinión le importa más de lo profesionalmente recomendable.

La mandé a las seis menos cuarto con un mensaje que decía: "Lista. Cualquier ajuste antes de las ocho lo hago."

Respondió a las seis y veinte: "Es perfecta. Eres un genio."

Dos palabras. Eres un genio. Las leí tres veces con el teléfono en la mano, sentado en el escritorio con el café de las seis que ya estaba tibio, y sentí algo que la escala de satisfacción vital de los universitarios daneses no habría sabido medir correctamente porque no tiene casilla para esto: la satisfacción específica de haber hecho algo bien para alguien que sabe reconocer que algo está bien hecho.

Dormí tres horas. Me levanté. Revisé el teléfono.

No había más mensajes de Vania.

A las dos de la tarde le mandé un mensaje preguntando cómo había salido la presentación. Respondió a las cuatro con un audio de treinta y dos segundos donde decía que había salido muy bien, que el consejo había quedado impresionado con la claridad visual, que en cuanto pudiera le transfería el pago, y que muchas gracias.

Muchas gracias.

El pago llegó cuatro días después, puntual y correcto, con un mensaje que decía: "Gracias de nuevo. Excelente trabajo."

Patricio me llamó el viernes.

—¿Cómo vas con Lacrosse?

—Le hice una presentación. Quedó muy bien.

—¿Te pagó?

—Sí.

—¿A precio de mercado?

—Sí.

—¿Y?

—Y nada. Me agradeció y quedó muy bien.

Hubo una pausa del tipo que Patricio hace cuando está procesando cómo decir algo que va a molestarme.

—Rodrigo.

—¿Qué?

—Te está usando.

—No me está usando. Me contrató para un trabajo, lo hice, me pagó.

—Te contrató a las once de la noche con siete horas de plazo porque su diseñador original desapareció. Eso no es contratación regular, eso es rescate de emergencia. Y tú aceptaste sin negociar el precio de urgencia porque es ella.

—El precio de urgencia es el mismo que mi tarifa normal.

—Exacto. Eso es lo que te estoy diciendo.

Colgué antes de que terminara el argumento porque cuando Patricio tiene razón y uno no quiere reconocerlo, colgar es la opción más digna disponible.

Abrí el cuaderno Scribe.

Escribí: Patricio dice que me están usando. La doctora Rivas diría probablemente lo mismo con vocabulario más técnico. Los cinco pilares de Seligman incluyen Relaciones pero no especifican qué hacer cuando las relaciones que tienes son asimétricas en términos de quién llama a quién y a qué hora y con qué tipo de urgencia.

Hice una pausa.

Escribí debajo: Aunque el audio duró treinta y dos segundos y dijo que quedó muy bien y que el consejo quedó impresionado. Y eso no lo dice alguien que solo necesita un servicio. Eso lo dice alguien que quiere que sepas que funcionó.

Cerré el cuaderno.

Me pregunté si estaba construyendo un argumento o registrando una observación, y concluí que probablemente las dos cosas simultáneamente, que es lo que pasa cuando uno tiene un interés personal en que la observación valide el argumento.

La doctora Rivas, en nuestra siguiente sesión, escuchó el relato de la presentación con la atención neutral que tenía para todo, tomó una nota en su diario de gratitud, y dijo:

—¿Cómo te sentiste mientras trabajabas?

—Bien —dije—. Concentrado. Fue buen trabajo.

—¿Y después?

—También bien. Hasta que esperé la respuesta y tardó.

—¿Cuánto tardó?

—Cuatro horas.

—¿Cuatro horas después de una presentación ante el consejo directivo de un cliente importante?

Lo pensé.

—Es un tiempo razonable —admití.

—¿Y aun así te generó ansiedad?

—Me generó atención sostenida al teléfono durante cuatro horas, que no es exactamente lo mismo.

La doctora Rivas anotó algo.

—Lo que describes —dijo— se llama dependencia de validación externa. Tu bienestar en esa situación no dependía del trabajo que hiciste, del que tú mismo dijiste que estabas satisfecho. Dependía de su respuesta. Eso es el tercer pilar de Seligman funcionando al revés: en lugar de que la relación contribuya a tu bienestar, tu bienestar está condicionado por la relación.

—¿Y eso cómo se arregla?

—Con el segundo pilar —dijo—. Engagement. Comprometerte con actividades que generen satisfacción intrínseca, independiente de la respuesta del otro.

—¿Como el diseño?

—Como el diseño. Cuando trabajas bien porque te importa el trabajo, no porque te importe lo que ella piense del trabajo.

Era un argumento sólido. Tenía la estructura interna de las cosas verdaderas, esa consistencia que hace que uno no pueda refutarlas aunque quiera. Lo anoté en el cuaderno cuando salí de la sesión, con la honestidad de quien

registra algo que preferiría ignorar pero que ya no puede ignorar porque lo ha visto claramente.

Lo que no anoté, porque todavía no sabía cómo escribirlo sin que sonara a lo que no quería que sonara, era esto: que las cuatro horas de espera no habían sido solo ansiedad. Habían sido también algo más tranquilo, algo que tenía que ver con saber que ella estaba en esa sala con esa presentación en la pantalla y que una parte de lo que estaba pasando en esa sala lo había construido yo la noche anterior entre las once y las cinco y media de la mañana con el café tibio y la lámpara del escritorio y la concentración de quien hace algo con cuidado porque quiere que funcione.

Eso no era dependencia de validación externa.

O al menos no era solo eso.

Era también, aunque la doctora Rivas no lo incluyera en el modelo de Seligman, el cuarto pilar funcionando de manera oblicua: Meaning. Sentido. La diferencia entre hacer un trabajo y hacer un trabajo para alguien, que no es la misma cosa aunque el resultado sea idéntico.

Llamé a Patricio.

—Tenías razón —dije.

—Lo sé —dijo—. ¿Cenamos el jueves?

—Sí —dije.

—¿Y vas a hacer algo al respecto?

—Estoy en proceso —dije.

—Llevas meses en proceso.

—El proceso no tiene fecha de vencimiento —dije—. Me lo dijo una doctora.

Patricio hizo el sonido que hace cuando algo le parece gracioso pero no quiere alentarme.

—Jueves a las ocho —dijo, y colgó.

Miré el teléfono.

Miré el cuaderno abierto sobre el escritorio.

Pensé en Seligman y sus cinco pilares, en la doctora Rivas y su tercer pilar al revés, en Patricio y su servilleta de Bourdieu que seguía en el bolsillo de la chamarra azul colgada detrás de la puerta.

Y pensé también, con la honestidad que da el estar solo en un departamento a las ocho de la noche con las plantas del feng shui visibles desde el escritorio y la gotera del baño sonando a ritmo constante en el fondo: que la inversión emocional a largo plazo, como cualquier inversión, tiene riesgos.

Pero que la alternativa, que era no invertir, producía un tipo de seguridad que se parecía demasiado al percentil dieciséis de los universitarios daneses.

Y eso, concluyó Rodrigo cerrando el cuaderno, tampoco era un destino aceptable.

CAPÍTULO 8

Nietzsche dijo que lo que no te mata te hace más fuerte. Claramente no conoció a Vania.

Friedrich Nietzsche murió en 1900, después de once años de colapso mental progresivo que los historiadores atribuyen a varias causas según la escuela que prefieran: sífilis, tumor cerebral, demencia frontotemporal, o simplemente el peso acumulado de haber pensado demasiado y dormido demasiado poco. Lo que ningún historiador menciona, porque no hay evidencia documental que lo respalde, es la posibilidad de que Nietzsche hubiera conocido a alguien como Vania Lacrosse. Yo considero esto una laguna significativa en la literatura filosófica.

Lo empecé a leer un lunes de octubre, seis meses después del retiro de Tulum, en un estado de ánimo que la doctora Rivas habría clasificado como fatiga de proceso y que yo clasificaba como hartazgo documentado. Seis meses de seguimiento discreto, once conversaciones en Tulum, una presentación nocturna, tres cenas en grupos donde ella estaba, cuatro mensajes respondidos con más de veinticuatro horas de diferencia, y una visita al departamento donde se había reído de la gotera pero no había propuesto verse de nuevo.

No era fracaso exactamente. Era algo más difuso y más agotador que el fracaso, que al menos tiene contornos claros. Era la incertidumbre sostenida, el territorio donde nada termina ni avanza, donde uno no sabe si está esperando algo que va a ocurrir o algo que ya ocurrió sin que nadie lo avisara.

Nietzsche llegó en ese contexto y resultó ser, como suele pasar con los filósofos que uno lee en el momento equivocado, exactamente lo que uno quería escuchar.

El superhombre, la voluntad de poder, el eterno retorno, el amor fati. La idea central que me atravesó con la fuerza de las cosas que uno reconoce porque las ha sentido sin haberlas nombrado todavía: que el ser humano no está hecho para adaptarse pasivamente al mundo sino para imponerse sobre él, para crear sus propios valores en lugar de heredar los ajenos, para decir sí a la vida incluyendo su parte más dura en lugar de refugiarse en sistemas que prometen alivio sin exigir transformación.

Leí durante tres días con la intensidad de quien encuentra en un texto ajeno el argumento que necesitaba para tomar una decisión propia.

La decisión era la siguiente: iba a dejar de perseguir a Vania Lacrosse.

No porque no me importara. Sino precisamente porque me importaba demasiado y eso me había convertido, en términos nietzscheanos, en exactamente el tipo de hombre reactivo que Nietzsche despreciaba: alguien que define su estado emocional en función de lo que otro hace o deja de hacer, que espera respuestas en lugar de crear situaciones, que mide su

bienestar en audios de treinta y dos segundos y mensajes respondidos con retraso.

El superhombre de Nietzsche no esperaba. Actuaba. Creaba. Se imponía.

Abrí el cuaderno Scribe en una página nueva, la primera página completamente limpia que quedaba después de meses de apuntes filosóficos, diagnósticos psicológicos, observaciones sociológicas y registros de once conversaciones en Tulum con fecha y duración aproximada.

Escribí en la parte superior, con la solemnidad de quien firma un documento importante: DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA EXISTENCIAL.

Debajo, con letra más pequeña pero igualmente firme, escribí durante cuarenta minutos lo siguiente:

Que durante seis meses he organizado una parte significativa de mi energía mental, emocional y económica alrededor de una persona que no me ha pedido que lo haga y que probablemente no sabe que lo estoy haciendo con esa intensidad. Que eso no es amor ni cortejo ni inversión emocional a largo plazo: es una forma de rendirle el control de mi bienestar a alguien que no lo solicitó y que por lo tanto no puede ser responsable de administrarlo bien. Que Nietzsche tenía razón en que los valores que uno no elige conscientemente son valores heredados que funcionan como cadenas disfrazadas de convicciones. Que yo había heredado la convicción de que perseverar es virtud sin preguntarme si en este caso específico la perseverancia era virtud o simplemente costumbre de no soltar lo que no funciona. Que a partir de hoy decido, con la voluntad de poder nietzscheana disponible en este departamento de Narvarte a las once de la noche de un lunes de octubre, dejar de definir mi dirección por la posición de otra persona.

También copié tres citas de Nietzsche que había subrayado, una de Camus que encontré en una búsqueda relacionada y que decía algo sobre el absurdo y la dignidad de seguir caminando de todos modos, y la letra de una canción de Café Tacuba que no tenía relación directa con Nietzsche pero que capturaba algo sobre la Ciudad de México y el fin de las cosas que ningún filósofo europeo había logrado articular con esa precisión específica.

Le mandé el texto completo a Patricio por WhatsApp a las once y media de la noche.

Patricio respondió a los cuatro minutos: "Bien. ¿Cenamos el jueves?"

Era la respuesta correcta. Era exactamente la respuesta que un amigo que conoce sus límites da cuando recibe un manifiesto existencial de tres páginas a las once y media de la noche: acuse de recibo, validación mínima, propuesta concreta de acción inmediata.

Cenamos el jueves.

El puesto de tacos de canasta en Tepito estaba igual que siempre, con la misma banca de madera, el mismo aceite brillando bajo la misma lámpara, el mismo taquero que nos conocía lo suficiente para saber cuántos queríamos

cada uno sin que se lo dijéramos. Había algo reconfortante en eso, en la estabilidad de las cosas que no cambian porque no necesitan cambiar.

Patricio llegó con cara de tener algo que decir pero estar esperando el momento correcto para decirlo, que era su cara habitual cuando había pensado en algo durante varios días y quería presentarlo bien.

—¿Cómo vas con lo de Nietzsche? —preguntó, después del segundo taco.

—Firme —dije—. La declaración de independencia sigue vigente.

—¿La mandaste imprimir?

—No seas sarcástico.

—No soy sarcástico. Soy sociológico. Te pregunto si la convicción sobrevive fuera del cuaderno.

Le iba a responder cuando escuché, desde la mesa del fondo, una carcajada.

Era una carcajada que reconocí antes de girar la cabeza porque era una de las pocas que había escuchado en estos meses y se había quedado registrada con esa claridad específica que tienen las cosas que uno escucha con más atención de la habitual.

Vania Lacrosse estaba en la mesa del fondo con tres personas. Dos hombres y una mujer, todos con esa clase de ropa que en un puesto de tacos de Tepito resulta simultáneamente fuera de lugar y completamente natural porque la Ciudad de México es ese tipo de ciudad donde esas dos cosas pueden ser verdad al mismo tiempo. Tenía el cabello suelto y un suéter color vino y estaba riéndose de algo que uno de los hombres había dicho, con esa risa real que yo había visto una sola vez antes, la noche de la gotera.

Me vio dos segundos después de que yo la había visto a ella.

Hubo un momento de reconocimiento mutuo, de esos que duran menos de un segundo pero que contienen más información que la mayoría de las conversaciones.

Patricio siguió mi mirada. Miró hacia la mesa del fondo. Me miró a mí.

—Rodrigo.

—Ya sé —dije.

—La declaración de independencia existencial.

—Ya sé —dije.

Vania dijo algo a sus acompañantes, se levantó, y caminó hacia nuestra mesa con la naturalidad de quien no está improvisando aunque en ese momento estuviera improvisando completamente.

—Qué coincidencia —dijo.

—La Ciudad de México es un pueblo —dije, que es lo que uno dice cuando no tiene nada más original disponible pero necesita decir algo.

—¿Me presento? —preguntó, mirando a Patricio con la amabilidad directa que tenía cuando consideraba que alguien merecía ser reconocido.

—Patricio Garza —dijo Patricio, con la compostura de quien acaba de ver un accidente que había predicho con exactitud y decide no mencionarlo.

—Vania Lacrosse.

Se sentó en la silla libre de nuestra mesa con la misma naturalidad con que pedía el café: asumiendo que era bienvenida porque generalmente lo era. Sus amigos del fondo siguieron con su conversación sin parecer perturbados por su ausencia, lo cual decía algo sobre el tipo de persona que era en sus grupos sociales.

Lo que siguió después no lo planifiqué ni lo conduje ni lo construí con ninguna de las estrategias que había ensayado en seis meses de lectura filosófica y psicológica y oriental y nietzscheana.

Simplemente ocurrió.

Hablamos dos horas y cuarto. Patricio estuvo los primeros cuarenta minutos y luego se fue con el pretexto de un mensaje urgente que era transparentemente falso y que yo le agradecí en silencio porque era el tipo de falso pretexto que solo dan los amigos que entienden cuándo tienen que irse.

Hablamos de la Ciudad de México de noche y de por qué los mejores tacos siempre están en lugares donde la decoración es un accidente en lugar de una decisión. Hablamos de los proyectos que cada uno tenía y de los que cada uno había abandonado y de la diferencia entre abandonar algo porque no funciona y abandonarlo porque da miedo que funcione. Hablamos de familias con la honestidad que se tiene cuando ya es tarde y el lugar es ruidoso y nadie alrededor te conoce lo suficiente como para recordar lo que dices.

En algún momento, sin que yo pudiera identificar exactamente cuándo había empezado, Vania dijo:

—Creo que te he tratado de manera irregular.

Lo dijo mirando su taco, no a mí, con el tono de quien dice algo que ha pensado antes pero no había dicho porque decirlo requería cierta clase de valor que no siempre está disponible.

—¿Irregular cómo? —dije, aunque sabía cómo.

—Como a alguien útil. No como a alguien.

Hubo un silencio que no era incómodo. Era el tipo de silencio que aparece después de que alguien dice algo verdadero y el otro necesita un momento para recibirlo sin reaccionar demasiado rápido.

—¿Por qué? —pregunté.

Levantó la vista del taco. Me miró con esa mirada completa que tenía cuando no estaba evaluando sino viendo.

—Porque es más fácil —dijo—. Tratar a la gente como útil es más seguro que tratar a la gente como personas. Las personas se van. Lo útil se reemplaza.

No respondí de inmediato porque lo que acababa de decir merecía más que una respuesta inmediata. Merecía el tiempo de entenderlo, que era también el tiempo de entender algo sobre ella que los seis meses anteriores no me habían dado porque yo había estado mirando desde afuera lo que ella hacía en lugar de preguntarme por qué lo hacía.

—¿Y a ti te han tratado como útil? —pregunté.

Algo en su expresión cambió de una manera que no supe nombrar en ese momento y que después, en el cuaderno, intenté describir como: el gesto de alguien que recibe una pregunta que esperaba no tener que responder y decide responderla de todos modos porque ya empezó.

—Mi última relación —dijo— duró tres años. Él decía que me quería pero en realidad le gustaba lo que yo representaba. El apellido, los contactos, la imagen. Cuando me di cuenta, ya llevaba año y medio siendo una marca personal para alguien que me llamaba novia.

—Lo siento —dije.

—No lo sientas —dijo—. Me enseñó a ver rápido quién ve a la persona y quién ve la utilidad. El problema es que a veces uno aplica ese filtro con demasiada anticipación y filtra también a la gente que no debería filtrar.

Me miró.

No dije nada porque lo que quería decir era demasiado y las once de la noche en un puesto de tacos de Tepito no es el lugar para decir demasiado cuando hace seis meses que uno espera el momento correcto y finalmente lo tiene.

Nos despedimos afuera, en la banqueta, con el ruido de la ciudad de fondo y sus amigos esperando en un Uber doble estacionado en segunda fila.

Me dio un beso en la mejilla.

Se quedó un segundo más de lo necesario.

No fue un gesto calculado. Fue de esos que salen solos, sin decisión previa, de los que uno se da cuenta mientras los hace.

Caminé a casa.

No puse música, que es lo que hago cuando algo acaba de ocurrir y no quiero que ningún sonido ajeno se mezcle con ello antes de entenderlo bien.

Llegué al departamento. Encendí la lámpara del escritorio. Abrí el cuaderno en la página de la Declaración de Independencia Existencial.

La leí completa.

Debajo del último párrafo, debajo de la cita de Café Tacuba, escribí una sola línea:

Nietzsche tenía razón en casi todo. Pero no conoció a Vania Lacrosse. Y eso es una laguna filosófica significativa que ninguno de sus comentaristas ha abordado con suficiente seriedad.

Cerré el cuaderno.

Desde el baño llegó el goteo del techo, constante y sin filosofía, recordándome que el administrador todavía no había mandado al plomero y que algunas cosas en la vida avanzan en sus propios tiempos sin importar cuánta voluntad de poder uno les aplique.

CAPÍTULO 9

Sartre dijo que somos lo que hacemos. Yo hice un viaje a Buenos Aires por amor y volví con una crisis de identidad y un poncho.

Jean-Paul Sartre dijo que la existencia precede a la esencia, lo cual significa que uno no viene al mundo con una naturaleza predefinida sino que se construye a través de sus elecciones y sus actos. Somos lo que hacemos, no lo que pensamos que somos ni lo que queremos ser ni lo que le contamos a nuestra terapeuta que somos: somos la suma acumulada de las cosas que elegimos hacer cuando nadie nos obliga a elegirlas.

Yo elegí ir a Buenos Aires.

Lo elegí tres semanas después de la noche de los tacos de Tepito, cuando un cliente de arquitectura corporativa me ofreció un proyecto de señalización e identidad visual para un edificio de oficinas en el barrio de San Telmo y yo acepté con una velocidad que no correspondía a mis criterios habituales de evaluación de proyectos y que sí correspondía al hecho de que Buenos Aires era una ciudad donde Vania Lacrosse iba a estar la misma semana por una feria de moda internacional para la que llevaba tres meses preparando la comunicación de dos marcas clientes.

Lo supe porque me lo dijo ella misma, en un mensaje mandado el martes siguiente a la noche de los tacos, que era la primera vez que me escribía sin que hubiera un pretexto profesional de por medio.

El mensaje decía: "¿Sigues en contacto con agencias de arquitectura? Tengo un cliente que necesita rediseño de sus oficinas y no sé a quién recomendar."

Respondí con tres nombres de agencias. Luego, porque Sartre dice que somos nuestras elecciones y yo elegí ser honesto, agregué: "Por cierto, voy a Buenos Aires la semana del 14 por un proyecto. Vi que hay una feria de moda esa semana."

Hubo cuarenta minutos de silencio.

Luego: "Yo también voy esa semana. Qué ciudad tan pequeña."

Buenos Aires tiene tres millones de habitantes. No es una ciudad pequeña. Pero hay frases que no se dicen por su contenido literal sino por lo que contienen debajo, y esa era una de ellas, y los dos lo sabíamos, y ninguno de los dos dijo nada más al respecto porque algunas cosas funcionan mejor si no se les pone nombre demasiado pronto.

El vuelo salió un miércoles por la mañana, puntual, con ese cielo despejado de noviembre sobre el aeropuerto que hace que uno sienta que los viajes van a salir bien aunque no haya ninguna relación causal entre el clima en el

despegue y lo que pase después. Llegué a Buenos Aires al mediodía con el cambio de horario procesado a medias, el proyecto de señalización en la laptop, y la conciencia de que Vania aterrizaba cuatro horas después en el mismo aeropuerto.

No nos habíamos coordinado. No habíamos dicho que íbamos a vernos. Era un acuerdo tácito del tipo que solo funciona cuando las dos personas involucradas han decidido simultáneamente no decir lo que están pensando porque decirlo haría que la cosa fuera diferente de lo que puede ser si no se dice.

Le mandé ubicación cuando llegué al hotel, que estaba en Palermo, a tres cuadras del parque, con esa arquitectura de principios de siglo que Buenos Aires conserva con la parsimonia de una ciudad que sabe que su pasado es parte de su encanto aunque también sea parte de sus problemas. Lo mandé sin texto, solo la ubicación, que era una manera de decir aquí estoy sin decir nada que requiriera respuesta específica.

Respondió con su propia ubicación cuatro horas y veinte minutos después. Su hotel estaba en Recoleta, a veinte minutos del mío en metro, a quince en taxi, a cuarenta caminando por avenidas que valía la pena caminar.

Ese primer día cada uno hizo lo suyo. Yo fui a la reunión con el cliente de arquitectura, recorrí el edificio de San Telmo con el arquitecto local que me explicaba los espacios con el acento porteño que hace que todo suene levemente más dramático de lo que es, tomé fotos, tomé notas, tomé el café que me ofrecieron sin pensar en cuántas especificaciones tenía. Vania fue a la feria, tuvo reuniones, hizo lo que había ido a hacer.

Nos escribimos tres veces durante el día. Mensajes cortos, sin urgencia, del tipo que uno manda cuando quiere que el otro sepa que está pensando en él sin que eso signifique nada que no esté dispuesto a sostener todavía.

Nos vimos la primera noche en San Telmo.

Vania llegó con un saco negro y el cabello recogido y esa manera de aparecer en los lugares como si el lugar hubiera estado esperando que llegara ella para terminar de componerse. Me saludó con un beso en la mejilla, el mismo de los tacos de Tepito pero en Buenos Aires, que es una ciudad donde los besos en la mejilla son la norma y por lo tanto no dicen nada específico, aunque entre nosotros ese beso decía exactamente lo mismo que había dicho en Tepito y los dos lo sabíamos.

Caminamos por San Telmo con la lentitud de la gente que no tiene prisa porque sabe que el tiempo que tiene es el que tiene y no hay manera de estirarlo más allá de caminarlo despacio. El barrio tenía esa mezcla específica de deterioro y restauración que producen los lugares que fueron importantes, dejaron de serlo, y luego se volvieron importantes de nuevo por razones distintas a las originales. Anticuarios, bares, restaurantes con mesas en la banqueta y precios escritos en pizarrones con letra irregular.

Entramos a un restaurante donde la cuenta llegaba escrita en un papel doblado, sin membrete ni logotipo, como si el restaurante prefiriera no quedar documentado en el proceso de cobrarte. Pedimos vino. Pedimos cosas del menú que el mozo recomendó con la autoridad de quien conoce la cocina mejor que la carta.

Y hablamos.

Hablamos con la extensión y la profundidad que solo se logra en las ciudades que no son las tuyas, donde nadie te conoce y por lo tanto puedes ser más honesto de lo que serías en casa, donde la distancia geográfica produce una especie de paréntesis temporal en el que las conversaciones se dan con menos precaución que la habitual.

Ella habló de su trabajo con una honestidad que no le había escuchado antes: que le gustaba pero que a veces se preguntaba si lo que hacía era construir comunicación genuina o simplemente envolver bien cosas que no necesitaban tanto envoltorio. Que había elegido ese campo porque le permitía ser precisa y creativa al mismo tiempo, pero que la precisión con el tiempo se había vuelto más fácil que la creatividad y no estaba segura de qué decía eso sobre adónde iba.

Yo hablé del diseño con la misma honestidad: que había empezado haciéndolo porque le encontraba sentido y que había momentos en que seguía encontrándoselo y momentos en que era simplemente el oficio con el que pagaba la renta y las plantas del feng shui y la suscripción a la plataforma de música que tampoco escuchaba tanto.

Hablamos de Buenos Aires y de México y de la diferencia entre vivir en una ciudad que cree en su propio pasado y vivir en una que todavía está decidiendo qué quiere ser. Hablamos de los padres de ella, el cardiólogo y la arquitecta, y de los míos, que eran un contador y una maestra de primaria de Guadalajara que habían tenido expectativas razonables sobre mí y a quienes yo había correspondido con una carrera razonable que a ellos les parecía más misteriosa de lo que era. Hablamos de Paloma y de la relación anterior de Vania con el hombre que la usaba como marca personal, y los nombramos sin el peso específico que tienen las personas del pasado cuando todavía duelen, sino con la ligereza de las cosas que ya no pueden hacerte daño pero que sí te hicieron más consciente.

Fue en algún punto del tercer vaso de vino, con el restaurante ya casi vacío y el mozo limpiando mesas con la paciencia de quien ha aprendido a no apurar a la gente que todavía está hablando, cuando Vania dijo:

—Creo que me gustas desde Tulum pero no sé qué hacer con eso.

Lo dijo mirando el vaso. No a mí. Con la misma economía directa con que decía todo, sin adornos, sin la construcción retórica de quien prepara el terreno antes de decir lo importante.

La miré.

Pensé en los seis meses anteriores. En el curso de Chad Morrison y la plataforma que me bloqueó. En los cuestionarios daneses y el percentil dieciséis. En la servilleta de Bourdieu de Patricio. En la silla ontológica de la galería. En el cacao de Brad-Itzamná. En las plantas del feng shui y la gotera del baño. En la presentación nocturna y el audio de treinta y dos segundos. En la Declaración de Independencia Existencial escrita a las once de la noche con citas de Nietzsche y una canción de Café Tacuba.

Pensé en todo eso y respondí con la verdad más honesta que tenía disponible en ese momento, que no era la verdad que había ensayado durante meses sino la que salió:

—Yo tampoco sé.

Vania levantó la vista del vaso. Me miró.

—¿Eso es bueno o malo?

—No sé eso tampoco —dije—. Pero creo que es más honesto que cualquier cosa que hubiera dicho si lo supiera.

Algo en eso le pareció suficiente. No completo, no resuelto, pero suficiente para ese momento en ese restaurante en esa ciudad que no era la nuestra.

Salimos a la una de la mañana. Buenos Aires a esa hora tenía ese ruido específico de las ciudades que no se duermen, con las mesas de los bares todavía llenas y la gente caminando como si el tiempo fuera una convención opcional.

Caminamos cuatro cuadras juntos hasta donde el camino se dividía: ella hacia Recoleta, yo hacia Palermo. Nos detuvimos en la esquina con la naturalidad incómoda de quien sabe que es el momento de despedirse pero no tiene claro cómo hacerlo sin que la despedida diga más o menos de lo que corresponde decir.

Vania me miró.

—Mañana tengo reuniones hasta las seis —dijo.

—Yo termino a las cinco —dije.

—El sábado hay un mercado en San Telmo en la mañana.

—No tengo nada el sábado en la mañana.

—Bien —dijo.

Se fue caminando hacia Recoleta sin mirar atrás, que no era indiferencia sino la clase de seguridad que tiene la gente que no necesita confirmar que el otro los está viendo irse.

La vi caminar hasta que la distancia y la oscuridad la hicieron difícil de distinguir del resto de la noche porteña.

Volví caminando al hotel. Tardé cuarenta minutos que no conté porque no estaba pensando en el tiempo sino en la conversación, pasando por los puntos donde algo había cambiado de dirección sin anunciarlo.

Los cuatro días siguientes tuvieron esa textura específica de los días que uno sabe que van a recordarse aunque no sepa todavía por qué ni exactamente cómo. Trabajamos por separado durante el día. Nos vimos las tardes y las noches con la naturalidad creciente de dos personas que se están acostumbrando a la presencia del otro sin discutirlo. El sábado fuimos al mercado de San Telmo y caminamos entre puestos de antigüedades, libros usados, y objetos que habían pertenecido a vidas anteriores de gente desconocida con el interés genuino de quien mira cosas sin necesitar comprarlas.

Vania encontró una postal de los años cincuenta con una fotografía del Río de la Plata y la compró por cincuenta pesos argentinos con la satisfacción de quien reconoce algo que le pertenece aunque nunca lo hubiera visto antes.

Yo compré un poncho.

No era un poncho turístico de los que se venden en los puestos de souvenirs del centro. Era uno de lana gruesa, color marrón oscuro con líneas rojas, del tipo que usan las personas que lo necesitan por el frío y no por la fotografía. Me lo probé sin pensarlo mucho y el señor del puesto dijo que me quedaba bien con el tono que tienen los vendedores que lo dicen porque es verdad y no porque quieren vender.

Vania lo miró.

—¿Lo vas a usar en México? —preguntó.

—Cuando haga frío —dije.

—En México no hace tanto frío.

—Lo usaré cuando haga el frío suficiente —dije.

Me miró de esa manera que tenía cuando algo le parecía más honesto que gracioso o más gracioso que honesto y no había decidido todavía cuál de las dos cosas era.

Volvimos a México en vuelos distintos, el domingo por la mañana, porque las fechas de nuestros boletos no coincidían y ninguno de los dos había propuesto cambiar la suya, que era también una forma de decir algo sin decirlo.

En el aeropuerto, antes de irnos a terminales distintas, Vania se detuvo.

—Rodrigo.

—¿Qué?

Me miró con la mirada completa, la de las cosas importantes.

—La silla no era ontológica —dijo—. Pero la pregunta no era mala.

Se fue hacia su terminal.

Yo me quedé parado en el pasillo del aeropuerto de Ezeiza con el poncho en la bolsa de mano y esa frase dando vueltas, que era la manera en que Vania Lacrosse decía que había estado equivocada sobre mí desde la primera noche y que lo reconocía, no con disculpa sino con la corrección directa de quien actualiza una evaluación cuando los datos cambian.

Sartre decía que somos lo que hacemos.

Yo había hecho un viaje a Buenos Aires.

Había hecho cuatro noches de conversaciones honestas en una ciudad que no era la mía.

Había comprado un poncho que probablemente usaría dos veces al año.

Y había escuchado, en un aeropuerto a las diez de la mañana de un domingo, que la pregunta no era mala.

Lo cual, en el sistema de coordenadas de Vania Lacrosse, era bastante más que una silla rota sobre un espejo.

CAPÍTULO 10

La felicidad según Hannah Arendt requiere espacio público. La de Vania requería que yo dejara de intentarlo.

Hannah Arendt dijo que la vida humana plena requiere tres dimensiones: la labor, que es lo que uno hace para sobrevivir; el trabajo, que es lo que uno construye para que dure; y la acción, que es lo que uno hace en el espacio público entre personas, donde ocurre la política, la historia, y la posibilidad genuina de ser visto y reconocido por otros. Sin la acción en el espacio compartido, decía Arendt, la vida humana se reduce a los primeros dos planos y pierde la dimensión que la hace verdaderamente significativa.

Lo leí en diciembre, dos semanas después de Buenos Aires, en un estado de ánimo que no era exactamente alegría pero tampoco era el percentil dieciséis de los universitarios daneses. Era algo más tranquilo y más difícil de nombrar: la sensación de haber llegado a algún lugar sin saber todavía si ese lugar era un destino o simplemente una parada.

Vania y yo nos habíamos visto dos veces desde el regreso. Una vez para tomar café en un lugar de la Roma que ella propuso, sin pretexto profesional, solo café un martes por la tarde. Y otra vez en una cena con amigos de ella donde yo llegué sin conocer a nadie y me fui conociendo a tres personas que resultaron interesantes y sin haber pasado ningún momento incómodo que requiriera análisis posterior, lo cual en términos de integración social a un círculo nuevo era una calificación aceptable.

No habíamos repetido la conversación de Buenos Aires. No habíamos puesto nombre a lo que pasaba entre nosotros. Seguíamos en ese territorio donde las cosas son sin que nadie haya declarado formalmente que son, que es un territorio incómodo para quienes necesitan claridad pero que tiene su propia lógica para quienes han aprendido que nombrar las cosas demasiado pronto a veces las fija en lo que son en lugar de dejarlas ser lo que pueden llegar a ser.

Lo que sí había cambiado, y esto lo noté gradualmente a lo largo de diciembre con la misma lentitud con que uno nota que la luz del día dura menos sin poder señalar el momento exacto en que empezó a durar menos, era esto: yo había dejado de buscar.

No a Vania. Seguía pensando en ella, seguía queriéndola ver, seguía siendo el mismo hombre que había comprado un poncho en Buenos Aires por razones que no tenían nada que ver con el frío. Lo que había dejado de buscar era la felicidad como proyecto. El curso de Chad Morrison, los cuestionarios de bienestar daneses, las aplicaciones con paisajes nórdicos, el feng shui, el wu wei, el cacao de Brad-Itzamná, los pilares de Seligman. La industria completa del bienestar certificado que había consumido durante tres años con la constancia de un cliente fiel y los resultados de alguien que paga por un servicio que no acaba de entender por qué no funciona.

No fue una decisión. Fue más parecido a lo que pasa cuando uno deja de tener hambre sin haberse dado cuenta de que estaba comiendo: la necesidad simplemente dejó de estar.

Cancelé la suscripción a las tres aplicaciones de meditación. Dejé de seguir las cuentas de coaching en Instagram. No renovó el acceso al curso de filosofía aplicada, aunque ese punto era técnicamente irrelevante porque Chad Morrison me había bloqueado de la plataforma cinco meses antes. Guardé los libros de psicología positiva en una caja que puse en el clóset sin tirarlos porque tirarlos habría sido un gesto y yo ya no necesitaba gestos.

Lo que hice en cambio fue trabajar.

No con la urgencia ansiosa de quien trabaja para demostrar algo o para generar ingresos que acorten distancias en una servilleta de Bourdieu, sino con la concentración tranquila de quien hace algo porque lo hace bien y eso es suficiente razón. Tomé dos proyectos nuevos que me interesaban más que el de BioBalance: el rediseño de identidad de una editorial independiente que publicaba libros de ciencias sociales y que tenía el tipo de encargo donde las decisiones visuales tienen peso real, y la señalización completa de un museo comunitario en Tepito, que era el barrio de los tacos de Patricio y que tenía una colección de arte urbano que merecía mejor sistema de navegación del que tenía.

El museo de Tepito fue el proyecto que más me importó ese año. Iba dos o tres veces por semana, conocí a la directora, que era una mujer de sesenta años con el criterio estético de alguien que ha pasado la vida mirando arte sin que nadie le dijera cómo mirarlo, y a los artistas del barrio que a veces estaban cuando yo llegaba y con quienes tenía las conversaciones más directas y menos filosóficas de mi vida reciente, sobre color, sobre espacio, sobre qué hace que algo se vea bien sin que nadie pueda explicar exactamente por qué.

Dormía bien. Comía a horas razonables. Llamaba a mi madre los domingos, que era algo que había dejado de hacer con regularidad durante los meses de búsqueda filosófica intensa y que ella había notado sin decirlo directamente, porque mi madre tiene el talento específico de hacer notar las cosas sin decirlas, que es probablemente de donde yo heredé la tendencia a comunicarme de manera oblicua.

Veía a Patricio los jueves. Los jueves de tacos de canasta habían recuperado su carácter original, que era simplemente cenar con un amigo sin que ninguno de los dos tuviera que procesar nada ni hacer diagnósticos ni dibujar gráficas en servilletas.

—Estás diferente —dijo Patricio un jueves de enero, con el tono de quien observa un cambio y no sabe todavía si es bueno o simplemente diferente.

—¿En qué sentido?

—Más quieto. Antes llegabas aquí con algo que resolver. Ahora llegas y ya.

—¿Eso es bueno?

—Es raro —dijo Patricio—. Pero raro bueno.

Fue en febrero cuando Vania empezó a buscarlo más.

No fue un cambio abrupto. Fue gradual, con la misma lentitud con que yo había dejado de buscarla, como si los dos procesos fueran espejo el uno del otro sin que ninguno lo hubiera planeado. Empezó a escribirme más seguido, a proponer planes con más iniciativa, a llamar a veces en la tarde sin pretexto específico para contar algo que había pasado o preguntar algo que podría haberle preguntado a cualquiera pero que me preguntaba a mí.

Una tarde de febrero me invitó a una presentación de una marca que ella había trabajado, un evento en una galería de San Ángel con gente del mundo de la moda y la comunicación que era exactamente el tipo de evento donde yo habría llegado seis meses antes con la tensión de quien está en territorio ajeno tratando de no parecerlo. Llegué sin tensión. Conocí gente. Hablé de trabajo. Bebí un vaso de vino blanco que nadie me había especificado con diecisiete condiciones y que estaba bien de todos modos.

Vania me buscó en algún momento de la noche con la expresión de quien verifica algo que ya sabía pero quería confirmar.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —dije—. ¿Por qué?

—Porque estás aquí como si siempre hubieras estado aquí.

—Es que no es tan diferente de otros lugares —dije.

Me miró de esa manera.

—Antes no lo veías así.

—Antes no estaba mirando el mismo —dije.

Eso le produjo algo que no supe nombrar exactamente: no era sorpresa, porque Vania rara vez se sorprendía de manera visible. Era más parecido al reconocimiento de alguien que nota que una cosa que estaba en un lugar ahora está en otro y el nuevo lugar le hace más sentido que el anterior.

Fue un martes de marzo, en la terraza de un bar en la colonia Roma, con la Ciudad de México abajo haciendo su ruido habitual de ciudad que no distingue entre el martes y el sábado porque el ruido es siempre el mismo, cuando Vania dijo lo que dijo.

Lo dijo mirando hacia la ciudad, no hacia mí, con la misma economía de gestos con que hacía las cosas difíciles, sin preparación previa, sin la construcción retórica de quien lleva tiempo buscando el momento correcto.

—Creo que me enamoré de ti.

Lo dijo así. Con esa precisión directa. Con el tono de quien entrega un dato que ha verificado y considera suficientemente sólido como para comunicarlo.

Me quedé quieto.

Pensé en Epicuro y en Aristóteles y en los estoicos y en Platón. Pensé en Chad Morrison y en su plataforma que me bloqueó. Pensé en la doctora Rivas y su diario de gratitud y el percentil dieciséis de los universitarios daneses. Pensé en Patricio y su servilleta de Bourdieu y su cara de sociólogo frente a evidencia que confirma la hipótesis. Pensé en Brad-Itzamná y el cacao que sabía horrible y las once conversaciones en Tulum que conté después en el cuaderno con fecha y duración. Pensé en el smoothie verde que nunca dejó de saber horrible. Pensé en la gotera del baño que el administrador finalmente arregló en enero, tres meses después de que empezara. Pensé en el poncho de Buenos Aires colgado detrás de la puerta del clóset.

Y pensé, con una claridad que no había buscado pero que estaba ahí de todos modos: que yo la había querido durante meses con la intensidad de quien quiere algo que no tiene, y que ahora, en este momento específico en esta terraza con la ciudad abajo, algo había cambiado de lugar sin que yo lo hubiera decidido.

No había dejado de importarme. Vania me importaba. Me importaba con esa solidez tranquila de las cosas que ya no dependen de si el otro responde o no responde, de si el audio dura treinta y dos segundos o tres minutos, de si la risa ocurre o no ocurre.

Pero el querer urgente, el querer orientado, el querer como dirección en la que caminar cuando no había otra, ese ya no estaba.

Y en su lugar había algo más quieto y más honesto que no sabía todavía cómo llamar.

La miré.

Vania seguía mirando la ciudad con esa compostura que tenía para los momentos en que decía algo importante y esperaba que el otro procesara sin apurarlo.

—Vania —dije.

Me miró.

—Creo que yo ya pasé esa estación.

Lo dije con cuidado. No para suavizarlo, porque suavizarlo habría sido mentirle, y mentirle era exactamente lo que el hombre que se merece Vania Lacrosse no haría. Lo dije con cuidado porque era verdad y la verdad, cuando importa, merece el cuidado de la palabra exacta.

Vania me miró tres segundos completos.

No con dolor inmediato. Con ese procesamiento rápido que tenía para todo, el mismo que usaba para evaluar espacios y personas y situaciones, que ahora evaluaba esto.

—¿Cuándo? —preguntó.

—No sé exactamente cuándo —dije—. Buenos Aires, creo. O después de Buenos Aires. No fue un momento, fue algo que fue siendo diferente sin que yo lo notara mientras pasaba.

—Típico —dijo.

No era amargura. Era la observación directa de alguien que reconoce la ironía sin necesidad de subrayarla.

Hubo un silencio que duró lo que tenía que durar.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—No sé —dije—. Pero no quiero que sea nada de lo que era antes.

Vania asintió con esa lentitud con que asentía cuando estaba pensando y no cuando estaba siendo amable.

La ciudad seguía abajo, con su ruido y sus luces y sus millones de personas que en ese momento estaban teniendo sus propias conversaciones en sus propias terrazas o en sus propios puestos de tacos o en sus propios elevadores donde alguien los miraba como mueble que estorba.

Hannah Arendt decía que la acción en el espacio público es lo que nos hace visibles el uno para el otro, lo que nos saca de la interioridad y nos pone en el mundo compartido donde la historia ocurre.

Rodrigo pensó que esta terraza, este martes, esta conversación, era exactamente eso.

Espacio público. Dos personas visibles la una para la otra.

Y que a veces la visibilidad llega cuando ya no la estás buscando, que es probablemente el único momento en que llega de verdad.

CAPÍTULO 11

Sobre cómo aprendí a ser feliz justo cuando dejé de buscar la felicidad. El universo tiene un sentido del humor pésimo.

La semana siguiente a la terraza de la Roma fue la semana más silenciosa que había tenido desde que Paloma se fue con sus cajas y su libro de Marie Kondo y su frase de autoayuda mal traducida.

No era el silencio del vacío. Era el silencio de después de algo, que es distinto en la misma medida en que el silencio después de una tormenta es distinto al silencio de antes de que empiece. Las cosas estaban en su lugar. Las plantas del feng shui seguían vivas, incluyendo la lengua de suegra que había sobrevivido con una terquedad que Aristóteles habría calificado como virtud. La gotera del baño llevaba dos meses reparada. El museo de Tepito tenía ya la mitad del sistema de señalización instalado y la directora había dicho, con la

economía de palabras de quien no desperdicia cumplidos, que era exactamente lo que había imaginado que podía ser.

Vania no escribió los primeros cuatro días.

Yo tampoco.

Era el mismo silencio tácito de antes de Buenos Aires pero en sentido contrario, y las dos personas que lo habitaban sabían exactamente qué contenía aunque ninguna lo nombrara.

El quinto día escribió un mensaje que decía: "¿Cómo estás?"

Le respondí: "Bien. ¿Tú?"

Respondió: "Procesando."

Era la palabra más honesta que podía haber elegido y también la más irónica dado el contexto, porque procesando era lo que yo había estado haciendo durante tres años con la asistencia de Chad Morrison, la doctora Rivas, Epicuro, Aristóteles, los estoicos, Platón, Bourdieu, Seligman, Nietzsche, Arendt, Brad-Itzamná, y una aplicación de meditación que me mandaba notificaciones que ignoraba. Y ahora era Vania quien procesaba, sin cursos ni cuestionarios ni retiros de cacao, sola con esa capacidad suya de mirar las cosas directamente hasta entenderlas.

Le dije a la doctora Rivas lo que había pasado en la terraza.

La doctora Rivas escuchó sin interrumpir, tomó una nota en su diario de gratitud, y guardó silencio durante diez segundos completos, que en el contexto de una sesión terapéutica son una cantidad de tiempo considerable y deliberada.

—Esto es exactamente lo que esperaba que pasara —dijo.

Lo miré.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

Sonrió con la calidez profesional de siempre.

—Porque si te lo hubiera dicho antes no habría pasado.

Era una respuesta que tenía la estructura circular de las cosas verdaderas que son también irritantes, y que yo anoté en el cuaderno cuando salí precisamente porque me irritaba y porque las cosas que me irritan tienden a ser las que más necesito registrar.

Patricio reaccionó de manera diferente.

Lo llamé el miércoles, antes del jueves de tacos, porque sentía que esta vez no podía esperar al jueves.

—Le dije que ya había pasado esa estación —le conté.

Hubo una pausa.

—¿Y cómo te sientes? —preguntó Patricio, con el tono de quien hace una pregunta de coaching ontológico pero la hace porque genuinamente quiere saber.

—Bien —dije—. Raro. Bien raro.

—¿La extrañas?

—No de la manera en que la extrañaba antes —dije—. Antes la extrañaba con hambre. Ahora es diferente. Es más como extrañar una conversación que todavía no terminó.

Patricio procesó eso.

—Eso es madurez emocional, Rodrigo —dijo, con una solemnidad que en otro contexto habría sido cómica pero que esa tarde sonó simplemente verdadera.

—O es que por fin funcionó algo de todo lo que leí —dije.

—También puede ser eso —admitió.

El jueves de tacos fue tranquilo. Comimos. Hablamos del partido, de un proyecto nuevo que tenía Patricio, de una película que ninguno de los dos había visto pero que los dos fingimos haber visto parcialmente hasta que admitimos que no había visto ninguno y nos reímos de eso con la risa fácil de la gente que se conoce demasiado para mantener pretensiones.

Al salir, en la banqueta de Tepito con el ruido del barrio de fondo, Patricio dijo:

—¿Sabes qué es lo más extraño de todo esto?

—¿Qué?

—Que eres más tú ahora que en cualquier punto de los últimos tres años. Y los últimos tres años te pasaste leyendo cómo ser tú.

No respondí porque no había nada que agregar a eso que no lo arruinara.

Vania llamó un sábado por la mañana, doce días después de la terraza.

Llamó, no escribió. Eso ya decía algo.

—¿Puedo pasar? —dijo, sin saludo previo, con la urgencia calibrada que tenía para las cosas que había decidido hacer antes de que la decisión cambiara de opinión.

—Claro —dije.

Llegó cuarenta minutos después con una bolsa de papel de una panadería que quedaba a tres cuadras y que yo conocía pero a la que rara vez iba porque quedaba en dirección contraria al metro.

Traía cuernos de mantequilla y un café americano en vaso de papel para mí y un latte de avena sin especificaciones adicionales para ella, lo cual era la primera vez desde que la conocía que pedía algo sin especificaciones y que yo interpreté como señal de algo sin saber exactamente de qué.

Nos sentamos en la sala. Las plantas del feng shui estaban en sus lugares. El poncho de Buenos Aires asomaba por la puerta entreabierta del clóset.

Comimos cuernos sin hablar durante un momento, que era un silencio diferente a los anteriores, más parecido al silencio de las personas que ya no necesitan llenar el espacio entre ellas con palabras para justificar estar juntas.

Luego Vania dijo:

—Quiero entender qué pasó.

—¿Qué parte? —pregunté.

—La parte donde yo llegué tarde.

Lo dijo sin amargura. Con la misma precisión directa de siempre, pero con algo debajo que no era su tono habitual, algo más blando, más sin armadura, que yo reconocí porque lo había visto una vez antes en el restaurante de San Telmo cuando habló del hombre que la usaba como marca personal.

—No llegaste tarde —dije.

—Llegué cuando tú ya no estabas esperando —dijo.

—Es diferente.

—¿En qué sentido?

Lo pensé antes de responder porque merecía una respuesta pensada y no una respuesta rápida que sonara bien.

—Antes te quería con necesidad —dije—. Te quería porque no tenerte me producía una especie de hambre que organizaba todo lo demás alrededor. Eso no era querer a ti. Era usar el espacio donde ibas a estar tú para no tener que mirar otros espacios vacíos.

Vania me miró.

—¿Y ahora?

—Ahora me importas de otra manera. Sin hambre. Con el tipo de importar que no depende de si me respondes o no me respondes o de si el audio dura treinta segundos o tres minutos.

—¿Y eso es mejor?

—Para ti sí —dije—. Para mí también, creo. Pero ya no es lo mismo que antes.

Hubo un silencio.

—Entonces qué somos —dijo Vania, y no era pregunta exactamente, era más bien la verificación en voz alta de un estado de cosas que ninguno de los dos había catalogado.

—No sé si tenemos que ser algo con nombre —dije.

—Todo tiene nombre —dijo Vania, con el pragmatismo de quien trabaja en comunicación y sabe que las cosas sin nombre no existen en el espacio público.

—Todo tiene nombre cuando ya está terminado de ser lo que es —dije—. Nosotros todavía estamos siendo lo que vamos a ser.

Vania consideró eso con la seriedad con que consideraba todo.

—Eso suena a algo que habrías escrito en el cuaderno —dijo.

—Probablemente lo voy a escribir después —admití.

Algo en eso le produjo la media sonrisa, que fue a más, que fue a la sonrisa completa, que fue a la risa breve y real, la misma de la gotera, la misma de la noche de los tacos.

Nos quedamos en la sala hasta el mediodía. Hablamos de cosas pequeñas y de cosas grandes mezcladas sin jerarquía, que es como hablan las personas que ya no tienen que demostrar nada el uno al otro. Ella contó que había decidido dejar uno de sus clientes más grandes porque la relación se había vuelto exactamente el tipo de relación que describía como insana: uno ponía el trabajo y el otro ponía el nombre y ninguno de los dos decía en voz alta que eso no era una asociación sino una explotación con buena presentación visual. Yo conté que el proyecto del museo de Tepito me había recordado por qué había elegido el diseño en primer lugar, que era una razón que en algún punto de los últimos tres años se había desdibujado detrás de las tarifas y los clientes corporativos y las crisis de valores superadas a medias.

Al irse, en la puerta, Vania se detuvo un momento con la bolsa vacía de la panadería en la mano.

—Rodrigo.

—¿Qué?

—Gracias por no mentirme en la terraza.

—No te habría servido de nada —dije.

—No —dijo—. Pero tampoco te habría servido a ti. Y eso es lo que me parece importante.

Bajó por las escaleras porque le gustaba bajar por las escaleras, eso lo había notado desde la primera visita, que el elevador lo tomaba para subir pero las escaleras las prefería para bajar, como si bajar requiriera el ritmo propio de los pies y no la eficiencia mecánica de una cabina.

Cerré la puerta.

Me quedé en la sala con el olor a panadería todavía en el aire y las dos tazas de café en la mesa y la lengua de suegra en su maceta y el poncho asomando por el clóset.

Abrí el cuaderno.

Escribí: Vania Lacrosse trajo cuernos de mantequilla un sábado por la mañana. Pidió el café sin especificaciones. Preguntó qué somos y respondí que todavía estamos siendo lo que vamos a ser, que es probablemente la frase más honesta que he dicho en todo este tiempo y también la única que no encontré en ningún curso, ningún cuestionario, ningún retiro de cacao, ni ningún filósofo griego, oriental, existencialista o de psicología positiva.

Hice una pausa.

Escribí debajo: El universo tiene un sentido del humor pésimo. Pasé tres años buscando la felicidad con métodos certificados y encontré algo que no sé si llamar felicidad precisamente cuando dejé de buscarla. Aunque tal vez eso es

exactamente la definición correcta y todos los filósofos simplemente no supieron decirlo con esa brevedad.

Cerré el cuaderno.

Lavé las tazas.

Miré las plantas.

La lengua de suegra, pensé, seguía siendo el nombre más irónico para una planta que supuestamente mejora las relaciones. Pero seguía viva. Y en el feng shui, como en casi todo lo demás, una planta viva es un indicador.

CAPÍTULO 12

Manual de usuario para la felicidad. Advertencia: no incluye garantía, ni fecha de entrega, ni servicio técnico.

Tres meses después de la mañana de los cuernos de mantequilla, Rodrigo Mendívil tenía treinta y cinco años, una agenda de proyectos razonablemente llena, tres plantas vivas en el departamento de Narvarte, y ninguna aplicación de meditación instalada en el teléfono.

Los treinta y cinco llegaron un martes, como siempre los martes, con la indiferencia habitual del universo ante las fechas que a las personas les parecen significativas. Su madre llamó desde Guadalajara a las ocho de la mañana con el tono de quien lleva varios días guardando el cumpleaños como si fuera una sorpresa aunque los dos sabían que no lo era. Su padre mandó un mensaje a las ocho y diez que decía "feliz cumpleaños hijo" con un punto final que ningún miembro de su generación usa en los mensajes de texto pero que su padre usaba siempre, como si la gramática fuera también una forma de querer.

Patricio mandó un meme.

Vania mandó un mensaje a las nueve que decía: "Feliz cumpleaños. ¿Desayunamos?"

Desayunaron.

No en el café australiano de la Condesa donde todo se pedía con demasiadas especificaciones y la música era demasiado alta. No en ninguno de los lugares donde Rodrigo había aparecido durante meses con la esperanza de que ella también apareciera. En un lugar de la colonia Doctores que Vania conocía y que servía chilaquiles verdes con huevo estrellado encima y café de olla en jarras de barro y que tenía cuatro mesas y una señora que servía con la eficiencia silenciosa de quien no necesita preguntar si todo está bien porque se nota.

Llegaron casi al mismo tiempo.

Ella con el cabello suelto y una chamarra que Rodrigo no le había visto antes, color verde oscuro, que en otro cuerpo habría sido simplemente una chamarra y en el de ella era, como siempre, una decisión.

Él con el poncho de Buenos Aires porque esa mañana había hecho el frío suficiente, que era exactamente lo que había dicho en el mercado de San Telmo cuando ella le preguntó si lo iba a usar en México.

Vania vio el poncho.

—Hace frío —dijo.

—El suficiente —dijo él.

Se sentaron. Pidieron. La señora sirvió el café de olla sin preguntar si querían café de olla, que era la clase de eficiencia que Rodrigo había aprendido a apreciar después de meses de cafés con demasiadas instrucciones y sin suficiente calidez.

Comieron sin prisa.

Hablaron de cosas del tipo que se hablan cuando ya no hay nada que demostrar ni nada que conquistar ni ninguna gráfica de Bourdieu que superar. Vania contó que había cerrado la relación con el cliente que la explotaba y que la primera semana sin ese proyecto había sentido la incomodidad específica de quien deja un mal hábito y extraña la estructura que daba, aunque fuera una estructura tóxica. Rodrigo contó que el museo de Tepito había inaugurado la señalización nueva y que la directora había dicho, con esa economía de palabras que él admiraba, que los visitantes se perdían menos pero miraban más, que era exactamente el objetivo correcto aunque ninguno de los dos lo había formulado así al principio.

Hablaron de Nietzsche, que era el punto donde la novela había empezado a resolverse aunque ninguno de los dos lo llamaba así porque ninguno de los dos estaba narrando la novela, simplemente la estaban viviendo.

—¿Sigues siendo el superhombre? —preguntó Vania.

—Fui el superhombre aproximadamente tres semanas —dijo Rodrigo—. Hasta que apareció en los tacos de Tepito alguien que refutó la declaración de independencia existencial sin saber que existía.

—¿Yo refuté tu declaración de independencia existencial?

—Con presencia física —dijo—. Que es el argumento más difícil de contra argumentar en filosofía.

Vania consideró eso.

—Nietzsche habría dicho que eso prueba que tu voluntad de poder era insuficiente.

—Nietzsche habría tenido razón —dijo Rodrigo—. Pero Nietzsche murió antes de los sesenta después de once años de colapso mental, así que su récord en materia de voluntad sostenida también tiene sus límites.

Vania se rio. La risa real, la de la gotera, la de los tacos, la que salía cuando algo era honesto sobre su propio absurdo.

Rodrigo la escuchó con el mismo registro de siempre, ese que había aprendido en Tulum cuando contó las once conversaciones en el cuaderno: la

risa de Vania ocurre cuando lo que dices es honesto sobre lo absurdo de tu propia situación.

Lo que no había escrito en el cuaderno entonces, porque todavía no lo sabía, era lo que venía después de esa observación: que aprender cuándo ríe alguien es aprender algo sobre su manera de estar en el mundo, y aprender algo sobre la manera en que alguien está en el mundo es una forma de querer que no depende de la urgencia ni del hambre ni del percentil dieciséis de los universitarios daneses.

La señora recogió los platos con la misma eficiencia silenciosa.

Afuera, en la colonia Doctores, la Ciudad de México hacía su ruido de martes por la mañana, que es el ruido más honesto que tiene porque no está actuando nada para nadie, simplemente existe.

—¿Qué vas a hacer con el cuaderno? —preguntó Vania.

—¿Cuál cuaderno?

—El Scribe de cien hojas donde apuntas todo.

Rodrigo lo pensó.

—Ya casi no le escribo —dijo—. Las últimas páginas están casi vacías.

—¿Por qué?

—Porque antes escribía para entender lo que me pasaba. Ahora lo que me pasa no necesita tanto análisis.

Vania lo miró con esa mirada completa.

—¿Eso es bueno?

—Es diferente —dijo Rodrigo—. Pero diferente bueno.

Era lo mismo que había dicho Patricio en enero, en sentido inverso, y tenía la misma exactitud tranquila de las observaciones que no buscan impresionar sino simplemente describir.

Pagaron. Salieron a la calle.

El frío de marzo en la Ciudad de México era el frío modesto y sin drama de una ciudad que no tiene inviernos de verdad pero que ocasionalmente baja la temperatura lo suficiente para que tenga sentido llevar el poncho de Buenos Aires, que era exactamente el frío que había descrito en el mercado de San Telmo cuando Vania preguntó si lo iba a usar en México.

Caminaron media cuadra juntos hasta donde el camino se dividía. Era la misma geometría que en Buenos Aires, en la esquina donde ella se había ido hacia Recoleta y él hacia Palermo. Solo que ahora era la colonia Doctores y el sol de mañana de martes y ninguno de los dos tenía vuelos a distintas terminales.

Vania se detuvo.

Lo miró.

—Rodrigo.

—¿Qué?

—¿Sabes qué pasaría si Nietzsche hubiera tomado cacao con Brad-Itzamná?

Lo pensó genuinamente.

—Habría escrito un libro sobre la voluntad de poder aplicada a la gestión espiritual ancestral y lo habrían vendido en aeropuertos —dijo.

Vania se rio otra vez.

—¿Y si Epicuro hubiera tenido que tomar el Periférico a las ocho de la mañana?

—Habría abandonado el hedonismo moderado y se habría hecho estoico por pura necesidad de supervivencia.

—¿Y si los universitarios daneses tuvieran que vivir en la Ciudad de México?

—Habrían bajado su promedio al percentil dieciséis y yo habría quedado en el promedio —dijo Rodrigo—. Lo cual habría resuelto el problema estadístico aunque no el existencial.

Vania lo miró con esa expresión que tenía cuando algo le parecía más verdadero que gracioso y más gracioso que verdadero al mismo tiempo.

—¿Qué concluiste? —preguntó—. Después de todo. Los griegos, los psicólogos, la sociología, el cacao, Buenos Aires, todo. ¿Qué concluiste sobre la felicidad?

Era la pregunta que ningún cuestionario de bienestar subjetivo había hecho en esos términos. La pregunta que Chad Morrison habría reformulado desde un lugar de apertura. La pregunta que la doctora Rivas habría respondido con otra pregunta. La pregunta que Patricio habría respondido con una gráfica.

Rodrigo la pensó con el mismo cuidado con que había pensado la respuesta en la terraza de la Roma, que era el cuidado de quien sabe que la palabra exacta importa.

—Que la felicidad no se busca —dijo—. O se busca, pero encontrarla no es el resultado de buscarla. Es el resultado de hacer bien las cosas que uno hace, de hablar con honestidad con las personas que importan, y de saber cuándo el café de olla sin especificaciones es mejor que el de avena con temperatura exacta y sin tapa porque la tapa concentra el vapor.

Vania lo miró.

—Eso último es específico.

—Es un ejemplo concreto —dijo Rodrigo—. Los filósofos griegos fallaban precisamente en eso: demasiada abstracción, pocos ejemplos concretos.

—¿Y yo? —dijo Vania—. ¿Qué papel tengo en esa conclusión?

Era una pregunta directa, del tipo que solo hace alguien que ya no teme la respuesta o que la teme pero la hace de todos modos porque vivir sin la respuesta es peor que conocerla.

—Tú eres la persona con quien más honestamente he hablado en estos años —dijo Rodrigo—. Incluyendo a la doctora Rivas, que cobra por escuchar.

—¿Y eso qué significa?

—Que me importas —dijo—. De la manera en que importan las cosas que ya no dependen de si uno las tiene o no las tiene para saber que son importantes.

Vania procesó eso.

—Eso también suena a algo del cuaderno.

—Lo escribiré después —dijo.

La Ciudad de México seguía haciendo su ruido de martes. Un microbús pasó con la música a un volumen que no guardaba ninguna proporción con el tamaño del vehículo. Alguien en un puesto de la banqueta gritaba algo sobre naranjas. Un perro sin dueño aparente cruzó la calle con la dignidad tranquila de quien conoce el barrio mejor que sus habitantes.

Vania lo miró un momento más.

—El domingo hay un mercado en Coyoacán —dijo.

—No tengo nada el domingo —dijo Rodrigo.

—Bien —dijo Vania.

Se fue caminando hacia la parada del metro con las manos en los bolsillos de la chamarra verde oscuro, sin mirar atrás, que no era indiferencia sino la clase de seguridad que tiene la gente que no necesita confirmar que el otro los está viendo irse.

Esta vez Rodrigo sí la vio irse. Hasta que la distancia y el movimiento de la colonia Doctores la hicieron parte del paisaje de martes.

Luego miró el poncho.

Luego miró la calle.

Luego pensó, con la claridad tranquila que tienen las conclusiones que no se buscaron, que llevaba treinta y cinco años en este planeta y que los últimos tres los había pasado buscando la felicidad con la intensidad de quien busca algo que se perdió y que debe estar en algún lugar específico si uno mira con suficiente cuidado.

Y que la felicidad, resultaba, no se había perdido.

Estaba en el café de olla de la señora de la colonia Doctores. Estaba en los tacos de Patricio los jueves y en los memes de su madre y en el punto final de su padre en los mensajes de texto. Estaba en el museo de Tepito y en la directora que decía que los visitantes se perdían menos pero miraban más. Estaba en las plantas del feng shui que seguían vivas incluyendo la lengua de suegra. Estaba en el poncho de Buenos Aires usado por primera vez en México con el frío suficiente.

Y estaba, también, en la persona que preguntaba cuándo hace el frío suficiente y recordaba la respuesta cuatro meses después.

No era la felicidad que vendía Chad Morrison ni la que medían los cuestionarios daneses ni la que prometía Brad-Itzamná ni la que describían los cinco pilares de Seligman.

Era más pequeña que todo eso.

Y precisamente por eso cabía en la vida real.

Rodrigo caminó hacia el metro con las manos en los bolsillos del poncho, que era más abrigador de lo que había esperado cuando lo compró, lo cual era también una conclusión filosófica válida aunque Epicuro, Aristóteles, los estoicos y Platón juntos no habrían sabido qué hacer con ella.

Era martes.

Como siempre, un maldito martes.

Pero este martes, por primera vez en mucho tiempo, eso no significaba nada en particular.

Y eso, concluyó Rodrigo bajando las escaleras del metro con el ruido de la ciudad cerrándose sobre él como siempre, era probablemente la definición más honesta de la felicidad que había encontrado en tres años de búsqueda certificada:

El día de la semana que ya no te pesa.

EPÍLOGO

Posdata de un escéptico profesional de la felicidad teórica

Han pasado doce meses desde el desayuno de los chilaquiles en la colonia Doctores.

Lo sé con precisión porque el cuaderno Scribe de cien hojas, que lleva meses con las últimas páginas en blanco, tiene en la primera una fecha que escribí el domingo en que empecé a llenarlo: un martes de noviembre de hace casi cuatro años, la noche en que Paloma se fue con sus cajas y su libro de Marie Kondo y su frase de autoayuda mal traducida, y yo me quedé solo en sesenta metros cuadrados de Narvarte con una planta que se estaba muriendo y la certeza vaga de que algo tenía que cambiar aunque no sabía qué ni cómo ni en qué orden.

El cuaderno tiene ciento cuarenta y tres páginas escritas y siete en blanco. Las ciento cuarenta y tres páginas contienen, en orden más o menos cronológico: apuntes de Epicuro, Aristóteles, los estoicos y Platón copiados de las diapositivas de Chad Morrison antes de que me bloqueara de la plataforma. Los resultados de cuatro cuestionarios de bienestar subjetivo con mi puntaje anotado al margen y la observación de que los universitarios daneses llevaban ventaja estructural. Un diagnóstico en mis propias palabras de lo que la doctora Rivas llamó disonancia afectiva con tendencias a la hiper racionalización del deseo. La gráfica de Bourdieu de Patricio, reproducida de memoria porque la servilleta original se perdió en algún bolsillo de chamarra. Once entradas con la fecha y duración de once conversaciones en Tulum. La

Declaración de Independencia Existencial con sus citas de Nietzsche, Camus y Café Tacuba. El registro del viaje a Buenos Aires y la frase que Vania dijo en el aeropuerto de Ezeiza sobre la silla y la pregunta. Y en las últimas páginas escritas, cada vez con mayor espaciado entre entradas, observaciones breves sobre cosas que ocurrían sin necesitar tanto análisis.

La última entrada tiene tres semanas. Dice: Fui al mercado de Coyoacán el domingo. Vania encontró una silla de madera de los años cuarenta que según ella tenía buenas proporciones y según el vendedor era una pieza de colección y según yo era una silla que a diferencia de la de la galería no estaba rota. La compró. Yo cargué la silla hasta el taxi porque era pesada y ella no iba a poder con el saco que llevaba. En el taxi la silla ocupó el lugar del medio entre los dos. El taxista no dijo nada. Vania dijo que le quedaba perfecta para el escritorio. Yo dije que una silla con buenas proporciones era, en términos aristotélicos, una silla que había alcanzado su forma esencial. Vania dijo que eso era exactamente lo que habría dicho el de la silla ontológica. Le dije que era el mismo. Dijo que ya lo sabía.

Eso fue todo lo que anoté.

Lo que no anoté, porque ya no necesitaba anotarlo para saber que era verdad, era el resto: que el taxi tardó veinte minutos en el tráfico y que los veinte minutos pasaron como pasan los ratos que uno no está midiendo. Que Vania tiene la costumbre de mirar por la ventana del taxi con la misma atención con que mira los espacios que le interesan, como si la ciudad también fuera un lugar que se puede leer si uno sabe cómo. Que cuando se bajó con su silla del taxi me dijo adiós con la mano desde la banqueta con esa naturalidad que tiene para todo, sin ceremonia, como se despiden las personas que saben que van a verse pronto aunque no hayan acordado cuándo.

Sobre el estado actual de las cosas:

Sigo siendo diseñador gráfico freelance, aunque el título que uso en los proyectos que me importan es simplemente diseñador, sin el "gráfico" que suena a categoría administrativa y sin el "director creativo independiente" que usé durante tres meses en LinkedIn cuando creía que el problema era económico. El museo de Tepito terminó bien. La editorial independiente publicó tres libros nuevos con la identidad que diseñé y uno de ellos ganó un premio de diseño editorial que yo no sabía que existía hasta que me avisaron que lo había ganado. Doña Carmen sigue viniendo dos veces por semana y ha dejado de mencionar la gotera porque el administrador finalmente la reparó en enero, aunque ella lo menciona de vez en cuando como recordatorio de que las cosas que se ignoran no desaparecen, solo esperan.

Los cuencos tibetanos los regalé a mi prima Cecilia, que los recibió con el entusiasmo de quien recibe exactamente lo que esperaba recibir aunque no lo haya pedido. Ella sigue mandando entre cuatro y siete memes espirituales por semana. Los leo más que antes, que es decir que los leo, que es decir que ya no los archivo automáticamente sin verlos.

Patricio sigue siendo Patricio: los jueves de tacos, las observaciones sociológicas no solicitadas, la cara de sociólogo frente a evidencia que confirma la hipótesis. Dejó el coaching ontológico o al menos dejó de practicarlo conmigo, que es probablemente lo más cercano a dejarlo que alguien como Patricio puede lograr. Habla menos de Daniel Goleman. Eso es progreso.

La doctora Rivas y yo terminamos el proceso en septiembre, que es la primera vez que algo en la industria del bienestar tuvo fecha de vencimiento. En la última sesión me preguntó qué había aprendido. Le dije que había aprendido que las preguntas correctas son más útiles que las respuestas incorrectas, que era también algo que ella me había dicho en alguna sesión anterior y que yo había anotado en el cuaderno sin entenderlo entonces. Sonrió con la calidez profesional de siempre, anotó algo en su diario de gratitud, y me cobró la última sesión al tipo de cambio del día.

El poncho de Buenos Aires está colgado detrás de la puerta del clóset. Lo he usado cuatro veces este invierno, que ha sido más frío de lo habitual para la Ciudad de México o quizás simplemente lo noto más porque ahora salgo más seguido que antes. Vania lo ha visto puesto tres de las cuatro veces y no ha dicho nada al respecto, que en su sistema de comunicación equivale a decir que le parece bien.

Sobre la felicidad, que era el tema original de todo esto:

No tengo una definición que mejoraría la de ninguno de los filósofos que estudié. Epicuro, Aristóteles, los estoicos, Platón, Confucio, Nietzsche, Arendt: todos tenían razón en algo y ninguno tenía razón en todo, que es probablemente la conclusión más honesta que puede sacarse de dos mil quinientos años de filosofía dedicados al tema. Los psicólogos midieron lo que pudieron medir y dejaron sin medir lo que no podía medirse, que es también una forma honesta de trabajar aunque produzca cuestionarios con muestras de universitarios daneses que no corresponden a la realidad de quien los llena en el metro de la Ciudad de México apretado entre una señora con bolsas del mercado y un estudiante con mochila.

Lo que sí puedo decir, con la autoridad modesta de quien lo ha experimentado y no con la autoridad académica de quien lo ha teorizado, es esto:

La felicidad no es un estado que se alcanza. Es una temperatura que se mantiene, como el café de olla que la señora de la colonia Doctores sirve sin preguntar porque sabe que es lo que hace falta. No es la ausencia de problemas sino la capacidad de tener problemas sin que los problemas sean lo único que hay. No es una conquista sino una práctica, y como toda práctica mejora con el tiempo y se deteriora cuando uno deja de practicarla, que es exactamente lo que le pasó a mi planta original de la sala que murió porque yo estaba demasiado ocupado buscando la felicidad como para regarla.

No la encontré en ningún curso certificado, en ninguna aplicación con paisajes nórdicos, en ningún retiro de cacao con chamán californiano, en ningún cuestionario con muestra de referencia danesa, ni en ninguna gráfica de

servilleta dibujada con pluma azul. La encontré en los lugares donde siempre estuvo: en el trabajo que importa, en las personas que dicen la verdad, en los martes que ya no pesan.

Y en una mujer que pide el café con diecisiete especificaciones y hace que el universo las cumpla todas, que lleva una silla de madera en taxi sin perder la compostura, y que cuando se despide desde la banqueta con la mano sabe, sin decirlo, que van a verse pronto.

No sé si eso es amor o amistad o simplemente dos personas que aprendieron a no mentirse.

Pero cuando nos despedimos, ella siempre se queda un segundo más de lo necesario.

Y eso, concluye Rodrigo Mendívil, escéptico profesional de la felicidad teórica y practicante cada vez menos amateur de la risa como mecanismo de supervivencia existencial, es suficientemente real como para no necesitar nombre filosófico.

No es mucho.

Pero es lo que hay.

Y francamente, considerando el absurdo de nuestra existencia y los dos mil pesos que me costó descubrirlo, no está tan mal.

"Busqué la felicidad con método científico, filosófico, espiritual y económico. La encontré por accidente, que es exactamente lo que habría pasado si me hubiera ahorrado todo lo demás. Pero entonces no tendría este libro. Así que en cierto modo los dos mil pesos de Chad Morrison sí sirvieron para algo. Aunque no para lo que prometían."

— Rodrigo Mendívil, escéptico profesional de la felicidad teórica

—FIN